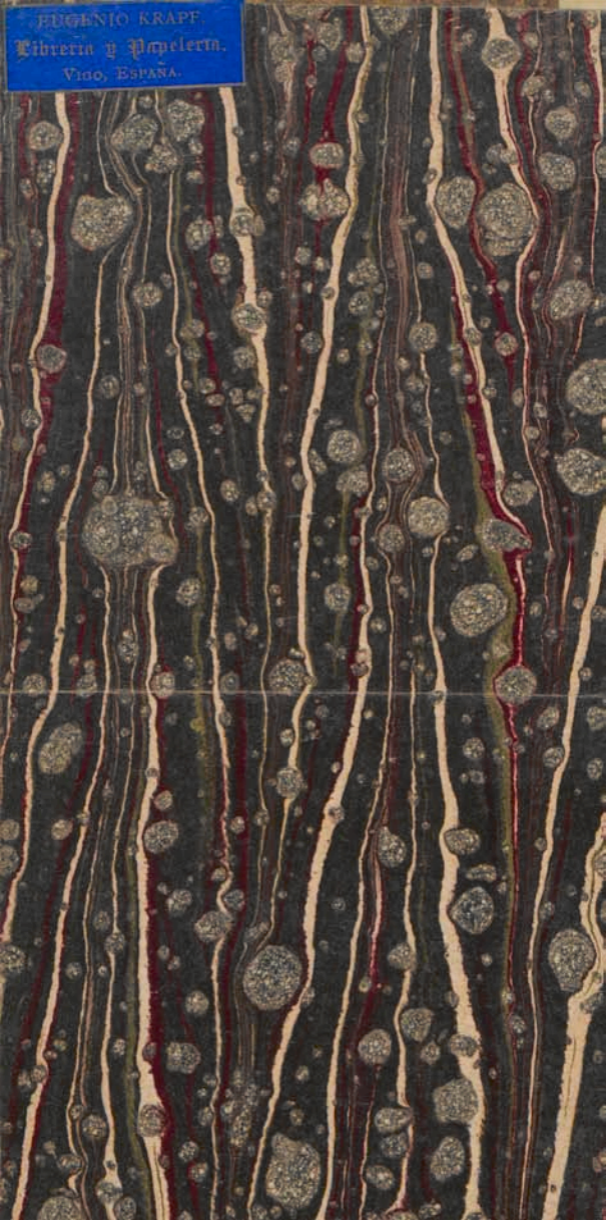




EUGENIO KRAPP,
Fibreria y Papelera,
Vigo, ESPAÑA.



ANT

XIX

1530

2
C
562

Maria Lina

Squillace - Sept

1898.

COLECCIÓN ELZEVIR ILUSTRADA

VOLUMEN SÉPTIMO



POESÍAS

Colección Elzevir Ilustrada

VOLÚMENES PUBLICADOS

- I. — M. HERNÁNDEZ VILLAESCUSA. — *Oro oculto*, novela.
- II. — VITAL AZA. — *Bagatelas*, poesías.
- III. — ALFONSO PÉREZ NIEVA. — *Ágata*, novela.
- IV. — NILO MARÍA FABRA. — *Presente y futuro*.
Nuevos cuentos.
- V. — FEDERICO URRECHA. — *Agua pasada*.
(Cuentos, bocetos y semblanzas).
- VI. — EMILIA PARDO BAZÁN. — *El Tesoro de Gastón*, novela.
- VII. — M. MORERA Y GALICIA. — *Poesías*.

EN PRENSA

- ENRIQUE R. DE SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS.
— *Cuadros de la fantasía y de la vida real*.

EN PREPARACIÓN

- JUAN GUALBERTO LÓPEZ VALDEMORO, CONDE DE LAS NAVAS. — *El Procurador Yerbabuena*, novela.
- ANTONIO DE VALBUENA. — *Santificar las fiestas*, cuentos.
- CARLOS FRONTAURA. — *El cura, el maestro y el alcalde*.
- MIGUEL RAMOS CARRIÓN. — *Zarzamora*, novela.

Y OTROS DE

- ALTAMIRA (RAFAEL).
AZA (VITAL).
BECERRO DE BENGOA (RICARDO).
LINIERS (SANTIAGO).
MARINA (JUAN).
OLLER (NARCISO).
THEBUSSEM (DR.)
VALERA (JUAN), ETC., ETC.

R26.726

M. Morera y Galicia



POESÍAS

PRÓLOGO DE

ANTONIO DE VALBUENA

Ilustraciones de

B. GILI Y ROIG



BARCELONA

JUAN GILI, LIBRERO

223, CORTES, 223

MDCCCXCVII



ES PROPIEDAD

Prólogo

¿Qué es poesía?

Cuentan de un músico de Atenas, que para dar á sus discípulos idea de la armonía, en vez de definírsela, juntaba en la cátedra una docena de hombres de la clase baja, sin educación musical ni social apenas, de edades diferentes, de voces lo más ásperas que fuese posible y los hacía cantar á todos á un tiempo, cada uno por su lado, lo que quisiera y cómo acertara, sin hacer caso de los demás...

No hace falta decir cuál sería el resultado.

Pues bueno; después de hacer oír á los discípulos un buen rato aquella algarabía infernal, les decía solemnemente:

—¿Habéis oído esto?... Pues la armonía es todo lo contrario. Cuando lleguéis á cantar del todo al revés de como han cantado estos pobres majaderos, cantaréis á las mil maravillas.

Dada la costumbre general de llamar poesías á los versos, aunque no lo sean, como en muchos casos no lo son, me parece que lo primero que se debe hacer en el prólogo de un tomo de poesías es determinar si éstas lo son ó no lo son realmente, y para ello no hay más remedio que definir ó explicar lo que es poesía.

Puesto yo en este trance, y no queriendo meterme en disquisiciones estéticas, me he acordado del músico griego y he resuelto emplear, para decir lo que yo creo que es poesía, un procedimiento muy semejante al suyo.

¿Habéis leído, preguntaré yo á mis lectores, habéis leído ú oído leer versos de Cánovas, ó de Carulla, ó de Menéndez Pelayo, ó del conde de Chestre, ó de Balart, ó de Mariano Catalina?... Pues poesía es todo lo

contrario. Los versos que no se parezcan nada absolutamente á los de esos señores, tened la seguridad de que son poesías; los que se parezcan algo no son poesías, llámesele quien se lo llame.

Y ahora estoy viendo venir esta pregunta:

—¿Y los versos del señor Morera, qué tal están de parecido? ¿Tienen alguno con los de los señores mencionados?...

—Ninguno afortunadamente. Crean ustedes que no se parecen nada.

Las composiciones del señor Morera no son cadáveres afeitados y pintados con mala mano y con peor gusto, como las de aquellos señores, sino que tienen vida y movimiento y gracia.

El señor Morera no anda buscando con mil afanes la palabra necesaria para rematar ó rellenar un verso, como les pasa á aquellos señores y á otros, dando al fin con la peor y con la que más imperfectamente expresa la idea; sino que á su sentimiento responde fácilmente la expresión sencilla y adecuada.

Leyendo los versos de aquellos señores y de otros compañeros y vecinos suyos en prosaísmo, suele uno encontrarse con palabras ó con frases que le dejan confuso, y cuando al fin las entiende, si llega á entenderlas, le hacen exclamar: «¿Dónde diablos habrá ido este pobre hombre á buscar esto?...» Leyendo los versos de Morera se hace el lector la ilusión de que todo aquello es suyo, cree que para expresar los mismos pensamientos se le hubieran ocurrido á él las mismas palabras. Tal es la naturalidad con que se expresa casi siempre, naturalidad que tiene entre otras ventajas la de hacer que resalte más la belleza del pensamiento.

Al terminar una composición corta que lleva por título *Adiós, primavera*, expresa de este modo la duda de si debe ser motivo de tristeza ó de alegría el tránsito de la primavera al verano:

« Ahora bien; ¿qué es mejor, la flor ó el fruto?
Escoja cada cual, no lo discuto;
Mas no me negará ningún dichoso,
Si un perro chico de experiencia alcanza,

Que el fruto más sabroso...

Aún era más sabroso en esperanza.»

Aquí está el poeta. Aquí se le distingue bien de los que no lo son. En vez de amontonar, como ellos, palabras retumbantes para no decir nada, dice mucho con palabras sencillas, expresa un pensamiento profundo con naturalidad encantadora. Esta es la obra del poeta; esto es lo que le pide Horacio: que no haga humo sin llama, que haga llama sin humo.

La media docena de versos que he copiado habrá sido bastante sin duda para enterar á quien los leyere de que Morera es poeta, y para enterarle, además, de su manera de sentir y de expresarse. Algunos de los lectores, los más espontáneos, los más aficionados á pensar en voz alta, seguramente han dicho: «Es discípulo de Campoamor.»

Bueno: por eso no hemos de reñir. Yo también creo que Morera es un buen discípulo del gran maestro en el arte de expresar lo bello con delicadeza y con gracia. No

hay ningún mal en que lo sea, sino al contrario.

Porque no por eso deja de ser Morera original en el buen sentido de la palabra, y en el único en que se puede, sin ser extravagante, ser original á estas alturas; cantando asuntos de propia invención y cantándolos con versos propios, con entonación propia. ¿Que esos versos y esa entonación se parecen á la entonación y á los versos de un poeta ilustre?... Mucho mejor que no que se parecieran á los de algún arañador de las escaleras del parnaso. ¿Que se conoce que ha formado su gusto leyendo á Campoamor?... Sea. Y desde luego se comprende que si ha sabido formarse un buen gusto, no le habrá formado leyendo á Cañete ó á Cánovas. Lo criminal, lo deshonroso, literariamente hablando, es copiar, es traducir, como hacen algunos y algunas; pero en imitar bien lo excelente no hay pecado, sino verdadero mérito.

Cuando en la lectura del poema de Morera titulado *Ilusiones y mariposas* se llega á la

conclusión de la estrofa VIII y se encuentra esta melancólica reflexión del poeta:

« Mariposa, tú y yo somos pequeños;
Menguados son mis sueños y tus galas;
Tú, que puedes volar, no tienes sueños,
Yo, que puedo soñar, no tengo alas. »

Si el lector conoce *El tren expreso*, recuerda aquellos otros cuatro versos parecidos:

« Me resisto á morir, pero es preciso;
El triste vive y el dichoso muere;
Cuando quise morir, Dios no lo quiso;
Hoy que quiero vivir, Dios no lo quiere. »

Mas el parecido que tienen estos dos cuartetos entre sí, no quita originalidad al primero; porque no tiene del segundo ni el pensamiento ni las palabras. No hay más sino que uno y otro encierran un pensamiento delicado y le expresan en muy bella forma.

Tampoco se puede leer la composición de Morera titulada *¿Cómo ha de ser!* que es bellísima, sin recordar la dolora de Campoamor

¡Quién supiera escribir! Y sin embargo, no hay en la poesía de Morera ni un pensamiento, ni un verso, ni una frase de la de Campoamor. Es la misma la forma métrica, el mismo el tono dominante, pero nada más.

Copiaré algunas estrofas de la composición de Morera para comprobación de lo dicho, sin que sea necesario copiar las de Campoamor por ser tan conocidas.

« Me dices que te mueres porque ha muerto
El ángel de tu amor,
Y que ya el mundo es para tí un desierto,
La vida un torcedor...

—

Que del mágico edén que el amor crea
Sólo te queda ya
El rincón del osario de la aldea
donde enterrada está;

—

Y que allí, ante la fuente de tu duelo
Hallas placer cruel
Con ansias locas de escarbar el suelo
Para enterrarte en él...

Esa es la historia eternamente nueva;
Pero ¡cómo ha de ser,
Si en plena juventud no hay hijo de Eva
que la sepa leer!...

.
De amor nacida y para amar creada
Irás de cruz en cruz
El alma, que es la eterna enamorada
de todo lo que es luz...

.
¿Lo dudas? ¡No lo dudes, que está escrito!..
Pero ¡cómo ha de ser,
Si el amor cuando llora es un bendito
que no sabe leer!...»

Claro es que todas estas estrofas hacen recordar por su estructura, por la delicadeza de los pensamientos y por la fina manera de expresarlos, las de la *dolora* mencionada, pero no se puede citar, como he dicho antes, ni un pensamiento ni una frase de la moderna composición que estén tomados de la antigua; nada hay que no sea original en la composición de Morera. Es verdad que se parecen las dos composiciones; pero se pare-

cen como se parecen dos rosas de distinto rosal, en ser bellas las dos, sin que la una tenga nada de la otra.

Y con esto hago punto, para dejar al lector que saboree las poesías, pues conozco que le estoy robando un tiempo precioso.

ANTONIO DE VALBUENA.

Madrid 6 de Abril de 1897.



Ilusiones y mariposas

I

Ya que á tí no te basta ser hermosa,
gala y prez de la ciencia prodigiosa
que estudian sin cesar todas las feas;
sino que, ingrata con tus dones, quieres,
por ser fiel al blasón de las mujeres,
mostrar que tú también eres curiosa,
y ansiosa te recreas
en jugar al volante con ideas
y en saber el porqué de cada cosa,
ahí va, querida Rosa,
la historia de dos seres peregrinos

que son de la ilusión encarnaciones,
y en ella te diré por qué caminos,
y tú descubrirás por qué razones,
son, han sido y serán las ilusiones,
unas reinas de trágicos destinos.

II

Sabe, pues, que ni alegres ni tan bellas,
no hubo nunca otras dos cual lo eran ellas.
La una, más que rubia, era dorada
como ilusión de niño,
y la otra era blanca, azucenada:
un compuesto de nácar y de armiño,
con un poco de tinta sonrosada.
Los ojos de la rubia eran dos ojos
de esos que, con mirar, curan enojos,
de esos que son del alma puerta franca:
y eran negros los ojos de la blanca.
No encuentro otras señales
que distingan hermanas tan iguales
en la gracia, bondad y donosura,
en el afán travieso
de lucir su lindísima figura,

muy loquillas—hermanas hasta en eso,—
pudiendo compararse, cada una,
con un rayo de sol y otro de luna.

III

Dirás, pensando en tí, que dos palmitos
cual esos que te pinto, tan bonitos,
no vienen á la tierra
como ángeles de paz, sino á dar guerra,
y aciertas, pues hicieron mil conquistas;
pero del mundo á la opinión sujetas,
motejéronlas, unos, de coquetas;
otros, con sorna, las llamaron listas;
—No, son hadas, —juraron los poetas;
mas yo sé la verdad: esas hermosas,
no eran más que dos pobres mariposas.

IV

El lindo oficio de esos lindos seres,
tú bien sabes cuál es: vivir volando,

como muchas mujeres,
allá en la copa de un clavel posando,
aquí tomando el sol sobre las rosas;
gozar, jugueteando entre las flores,
los más finos olores,
dignos de perfumar las más hermosas;
mirarse en una gota de rocío,
pues es su tocador cualquier hojita,
y aun de alguna se cita,
—á mí me lo han contado, no lo fío,—
que dijo ante ese espejo, cual si fuera
una mujer cualquiera:
—¡Qué bella soy!... ¡qué bella soy, Dios mío!—
mas sólo un punto fué: tendió las alas,
corrió como una loca por la huerta,
quedándose, admiradas de sus galas,
todas las flores con la boca abierta,
y aun alguna, de envidia, medio muerta.

V

Así las dos hermanas,
de su belleza y juventud ufanas,
gozaron sin zozobra ni medida
de la estación florida,

como tiernos capullos femeniles
que empiezan á soñar y amar la vida,
y tienen por eternos los Abriles;
pues sé, porque he bebido en buena fuente,
la misma en cuya linfa transparente
hallaron muchas veces viva copia
de su belleza propia,
que en Agosto y Septiembre, como en Mayo,
apenas despuntaba el primer rayo
del gran despertador que hay en los cielos,
abrían una y otra los ojuelos,
daban al cuerpo un restregón nervioso,
que era al par su *toilette* de alas y antenas,
y ya desde aquel punto, bella Rosa,
ni se daban reposo,
ni hacían otra cosa
que embriagarse en el éter aromoso
de lirios y jazmines y azucenas;
batir las alas junto al agua pura,
seguir, trazando giros, la corriente,
y después de este baño en el ambiente
empezar otra vez tanta locura.
Hasta que —era otoño, el sol se hundía—
una racha de viento
separólas brutal en un momento,
y no se vieron más desde aquel día.

VI

Sigamos á la blanca. El torbellino
la llevó sin saber por qué camino.
Medrosa y azorada
de tanto abrir los ojos sin ver nada
en los senos del turbio remolino,
quiso cortar el viento;
mas fué vano su intento:
sus alas se encogieron, se doblaron,
al cruzar unas zarzas se enzarzaron,
y allí quedó entre pinchos suspendida,
prisionera y á más casi sin vida.
Después — ¡Ah! ¿dónde estoy? — la prisionera
dijo, cuando el sentido recobraba,
de la misma manera
que en tiempos más románticos se usaba;
y en el primer instante,
ella, que en todo buena fe ponía,
al hallarse delante
de otras cien mariposas, la alegría
más intensa sintió y alborozada
tendió á volar, pero se halló encerrada.

—«¿Quieres huir, hermosa?... ¡ya eres mía!—
se oyó una voz adusta que decía.—
Ha sido brava caza
para quien ama como yo tu raza.
No temas, lepidóptero gracioso,
insecto peregrino,
yo haré que sea ilustre tu destino;
tendrás lugar honroso
en mi gran colección, digno museo
de un Humbold, de un Buffón ó de un Linneo.»
Dijo el sabio. Y con aire complacido,
repitiendo entre dientes «no, no temas,»
agarró al insectillo entre sus yemas,
púsole en una tabla bien tendido,
hincóle un alfiler, y atravesado
en la tabla dejóle bien clavado,
diciendo al infeliz:—«Ya estás servido.»
¡Ah, si aquel pobre ser, allí inmolado
en aras de la ciencia, hubiese hablado!
Al vibrar de sus músculos sutiles,
maldiciones á miles
lanzara contra aquella horrible ciencia
que no retrocedió ante la inocencia!
Pero nada, no habló; la sin ventura
sufrió como una mártir su tortura,
mientras el sabio, de aquel crimen reo,

tomando un tarjetón, en un instante
la puso este epitafio altisonante:

Papylío mnemosine de Linneo.

VII

No quiero ni un momento
pararme en este punto de mi cuento.
No quiero con mis tristes reflexiones
excitar esa máquina asombrosa
de la mujer sensible que hoy se estila,
por virtud de la cual las emociones
se traducen en fieras convulsiones;
el pecho, más que entraña, es una pila,
el alma está en los nervios, y no es cosa
de hacer que, por leerme, amable Rosa,
necesiten tus nervios mucha tila.
Deja, pues, á la blanca ya enterrada,
y vamos á la rubia, que empujada...

VIII

...¡Qué viaje! .. Lo confieso:
si alguna vez, soñando,
algo pedí, fué eso:
poder el mundo recorrer volando
y no entre tablas preso;
correr sobre el raíl de mis antojos
sin tanta prosa ni molestia tanta,
y allí donde llegara con mis ojos
que pudiese poner mi libre planta;
ver lo que pasa en la región ignota
en que el trueno retumba, el rayo brota,
la nieve en copos cueja
ó extiende el iris su celeste faja;
cruzar el ancho mar como gaviota,
seguir la ola que en veloz carrera
dando tumbos se acerca á la ribera,
hasta que al fin se quiebra y se desata
en espuma de plata
como Frine soltó su cabellera...
y seguir, seguir siempre... aún más, ¡oh, cielo!
¡qué vuelo fuera el mío! ¡qué gran vuelo!...



Mariposa, tú y yo somos pequeños;
menguados son mis sueños y tus galas;
tú, que puedes volar, no tienes sueños;
yo, que puedo soñar, no tengo alas!...

IX

Perdóname, sultana de las rosas,
la fuga de este arranque de lirismo.
Ya sé que ciertas cosas
no se deben contar más que á uno mismo,
so pena de excitar el humorismo
de esas turbas severas y juiciosas
que estudian en Atila el realismo.
Pero, en fin, mi pecado no me apura
ni en verme absuelto he de poner empeño;
¿hay alguien, por ventura,
que al pensar en tu célica hermosura
no diga que eres bella *como un sueño*?
Pues esa es realidad que para el alma
á toda realidad lleva la palma,
y aun tengo, y te lo doy por cosa cierta,
que aquí, después de todo,

lo que anheles, estando más despierta,
es que ya lo has soñado de algún modo.

x

Empujada la rubia, te decía,
siguió toda la tarde de aquel día;
hasta que, conducida por la racha
y una puerta cruzando inadvertida,
de un techo vió una llama suspendida
y, leyendo á su luz, una muchacha.
A ver si haces memoria. El insectillo
quedóse fascinado por el brillo
de aquella linda cosa
que jamás vió hasta allí la mariposa.
Era un sol, pero sol en miniatura,
de tibios resplandores,
cambiante y siempre bello en su figura,
y dulce hasta tal punto en sus fulgores,
que mirar frente á frente se dejaba
y los ojos al verle no abrasaba.
Así por largo espacio estuvo quieta
bebiendo de la luz la hermosa vida,

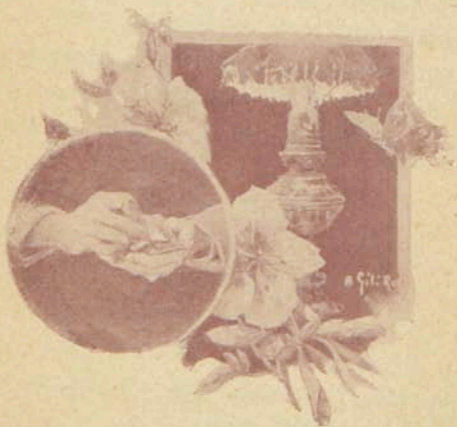
hasta que, fascinada, seducida,
lanzóse hacia la luz como saeta;
mas sus alas rozaron
la frente de la joven, la asustaron,
cerró el libro, se alzó, miró azarosa,
y al grito que ésta dió, la mariposa
dando á su curso un quiebro, con donaire
empezó mil carreras por el aire.
Tan pronto se acercaba,
de la luz atraída,
como al ver á la niña en rauda huída
de la luz se alejaba,
para luego volver y escapar luego,
siempre volando de la niña al fuego.
Había todo un drama
en aquella porfía casi juego:
el seductor, la llama;
objeto codiciado
de la voraz pasión, el tierno alado;
y en medio de los dos, de afanes lleno,
tú podías pasar por ángel bueno.
Y así fué prosiguiendo aquella escena,
digna de un cuento de hadas,
en que tú combatías con miradas
y suspiros de intensa y noble pena,
el afán de aquel ser de alas doradas,

que cuanto más veloz huía el fuego,
más veloz á la luz tornaba luégo,
ansioso de abismarse
en la llama, y besarla y abrasarse;
hasta que andando el amoroso juego,
y creciente el amor, germen del drama,
durmióse el ángel y venció la llama;
pues de tejas abajo ya está visto
que no siempre el más bueno es el más listo,
y en eso de dormir, duermen los jueces,
y aun se duermen los ángeles á veces.

XI

La rubia, ya lo ves, murió de un beso;
y á su inocente hermana,
confiada y sencilla hasta el exceso,
la dió muerte y pasión la ciencia humana.
Ahí tienes, bella Rosa,
la historia de dos seres peregrinos
que son de la ilusión encarnaciones;
sacia en ellos tus ansias de curiosa;
y pues yo te indiqué por qué caminos,

á ver si alcanzas tú por qué razones
son, han sido y serán las ilusiones,
unas reinas de trágicos destinos.





La noche de Juan Soldado

DESDE EL CAMPO DE MANIOBRAS A 31 DE OCTUBRE DE 1892

Con una noche interminable y fría,
el cuerpo sin calor, los pies sin calma,
te escribo estos renglones, madre mía,
por ver si al menos me caliento el alma.

No sé cuántas hogueras he corrido,
pues todo el campamento es paja ardiendo;
y así paso las horas aterido,
y á humo de paja por doquier oliendo.

Humo grato que trae á la memoria
las mieses y pajares de mi tierra,
envueltos en el humo de la gloria,
que dicen que es el humo de la guerra.

Y algo debe de haber, pues te aseguro
que ser soldado no es cuestión de nombre;
la patria es más que el pueblo, y me figuro
que sirviendo á la patria, soy más hombre.

Si llego á general... ;Oh, madre mía!
perdona mi ambición si te da enojos,
pues toda mi ambición... es que querría
que te besara un general los ojos,

Y hacer á Filomena generala;
y con ella excelente y yo excelencia,
verte abuela, bullendo en la antesala,
como escolta de honor, tu descendencia.

Lo que hay es que la gloria en que soñamos,
es un sol perezoso que aún no asoma;

pues en esta campaña en que ahora estamos,
salvo el hambre y el frío, todo es broma.



Un toque de clarín, en este instante,
corta el discurso de mi charla vana,
con la voz agudísima y vibrante
que tiene el primer toque de diana.

Y á poco, como gallos en la huerta,
después del primer toque, se oyen ciento,
entre el vago rumor con que despierta
la colmena marcial del campamento.

¡Qué hermoso despertar!... El rumor crece...
ruidos por doquier, voces de mando,
relinchos, trompeteo... Esto parece
un monstruo que se está desperezando.

El día, con gracioso titubeo,
empieza á derramar su luz curiosa;
arriba palidece el centelleo,
y abajo cobra vida cada cosa.

Y entre el vaho nocturno y la humareda
que aún sigue despidiendo tanta llama,
se forma una neblina, que remeda
un campamento entre algodón en rama.

* * *

Los toques se suceden... crece el ruido...
la punta de columna rompe marcha...
Miro en torno, y contemplo sorprendido
todo el suelo con sábana de escarcha,

Sobre el cual la columna se dibuja
con andar y cambiantes de culebra,
que aquí lo angosto del camino estruja,
y allá la vuelta de algún monte quiebra.

Por fin, te he de dejar: mi regimiento
á seguir la columna se prepara...
y beso este papel, y beso al viento
por si llegan sus ondas á tu cara.

Que te digan también, pues se lo encargo,
que en volver al lugar cifro mi empresa,

y que el fusil que sobre el hombro cargo,
más que en los hombros, sobre mi alma pesa.

El sueño que soñé, sólo fué sueño;
el frío hace soñar cosas extrañas;
mas ya me veo al sol, y soy pequeño,
con un amor muy grande en las entrañas.

¡Adiós! y de los besos que te envío,
dale alguno en mi nombre á Filomena...
y díla que al llegar el nuevo estío,
con la vuelta de *Juan*, saldrá de pena.







La experiencia

I

Deteniendo un instante el torpe paso
de unas piernas que andaban á su ocaso
(como el sol que á la vista se ocultaba,)
un abuelo á su nieto así le hablaba:
—«No tiene, por fortuna, la riqueza.

la llave del arcón de la alegría,
ni es ésta, para el hombre, mercancía
que se venda á millón ó á real la pieza.
Así se ven hogares
de rumboso interior, de oro cubiertos,
que aun con oro y estufas están yertos;
en tanto que en pobrísimos ajuares,
sólo al trabajo abiertos,
al sol y á las amantes afecciones,
la dicha complaciente
fabrica dulcemente
un nido en que se abrasan corazones,
aun sin fuego de estufas ni millones.
Y si alguno te dice, en contra de eso,
que el mundo sólo halaga al poderoso
y que aquí, lo mejor, es ser un Creso,
no lo creas, muchacho, no lo creas
aunque tú, por defuera, así lo veas:
lo que importa en el mundo, es ser dichoso.

— «¿Y eso qué es, abuelito?» — dijo el nieto,
mirándole á la cara
con el aire infantil más indiscreto;
y ante aquella pregunta corta y clara
que pedía respuesta de repente,

el viejo, muy turbado,
quedóse unos instantes abismado
pasándose la mano por la frente.
— «¡Vaya usted á resolverle á este chiquillo
un punto colosal... de tan sencillo!»—
pensaba el pobre abuelo
con los ojos clavados en el suelo.
— «La dicha, — por fin dijo, — el ser dichoso,
no consiste en poder, dinero ó ciencia;
es guardar los sentidos en reposo
y limpia la conciencia.
La dicha, en la aritmética corriente,
no es más que suma de placer gozado;
pero esa cuenta miente,
porque suma apetitos solamente;
y ese placer sumado,
ó es fantasma embustero, ó es pecado.»

Aún prosiguió el abuelo
largo rato su plática severa,
pretendiendo explicar de qué manera
se consigue la dicha en este suelo,
y otra cosa mejor, allá en el cielo;
y el nieto, embebecido,
temiendo que las puertas del oído

no diesen al sermón bastante puerta,
le estuvo oyendo con la boca abierta:
hasta que, terminando,
dijo así dulcemente el moralista:
—«En el mundo en que ahora vas entrando,
jamás pierdas de vista
este resumen de mi vida larga:
la ambición, es Talión del ambicioso;
no huyas nunca el deber por ser penoso,
ni dejes la verdad por ser amarga.
Y si prueban un día en tí su oficio
de serpientes traidoras las pasiones,
recuerda este final de mis lecciones:
¡la dicha, casi siempre, es sacrificio!
Ahí va toda la ciencia
con que puede ayudarte la experiencia
de un viejo por los años cuarteado,
y basta de sermón. ¿Te has enterado?»
El nieto hizo que sí, con la cabeza;
pero el viejo era ducho,
y al leerle en la cara, con certeza,
que no le comprendió poco ni mucho,
—«¡ Ah, señor! murmuraba:
¿por qué no ha de saber ése que empieza
lo que lleva aprendido éste que acaba!»

II

Hízose hombre el rapaz. Corrieron años.
Con los años pasáronle mil cosas
que á él se le antojaron asombrosas,
y que hallaron vulgares los extraños,
siguiendo vulgarmente, como todos,
ya por senda florida, ya entre lodos,
el camino trazado á su existencia;
y entonces, del abuelo ya muy lejos,
recordó la experiencia y los consejos,
y vió que no es gran cosa la experiencia
si sólo es predicada y no sufrida;
pues tiene la pasión tan grande imperio
sobre todos los actos de la vida,
y vive tan rendida
el alma á ese misterio
que ofrece la región desconocida,
poblada de visiones
imán de las humanas tentaciones,
que el hombre, de esas ansias siempre lleno,
juzga sólo por ellas lo que es bueno,
toma por mar de dicha un espejismo,
olvidase el juicio de sí mismo,
y la loca pasión corre sin freno.



¿Á qué contar la vida de aquel nieto?
Se encierra en la vulgar biografía
tuya, lector, y mía:
mucho afán derrochado en torpe objeto.
Sólo quiero añadir— pues no es secreto—
lo que el nieto decía una mañana,
al verse en el espejo
mustia la frente y la cabeza cana:
«¡ Pues, señor,—murmuraba,—ya soy viejo!...
¡Mi copia en este espejo es triste copia!
¡Ay, abuelo, comprendo al fin tu ciencia!
Mas también aprendí, por mi experiencia,
¡que sólo sirve la experiencia... propia!»





La araña

Cuenta el insigne Buffón,
entre mil cosas extrañas
de esta hermosa creación,
que tienen gran devoción
por el arte, las arañas.

Su vivienda es el desván,
las ruinas abandonadas,
y allí silenciosas van
tejiendo velos que dan
ideas de cuento de hadas.

Fabrican, sin competencia,
redes en cuya presencia
las humanas quedan toscas,
pues son colmos de paciencia
del arte de cazar moscas.

De sus hilos, no hay que hablar;
hay cable de copa á copa,
que tiene más que admirar
que el que cruza el ancho mar
entre América y Europa.

¡Y cuánta envidia no dan,
desde este mundano afán,
columpiándose en su lecho,
suspendidas en el techo
del rincón de algún desván!

Pues de ese ser peregrino,
de tan obscuro destino,
es de quien se ha averiguado
que es un grande aficionado
al llamado *arte divino*.

Apenas se esparce el son
de algún acorde instrumentó

que llegue hasta su rincón,
se le ve presa al momento
de una viva conmoción.

Y abandonando su altura,
va hacia el són en derechura,
bajando de un cable asido,
y quedando suspendido
mientras la música dura.

No hay péndulo más gracioso,
ni gimnasta prodigioso
como la araña parece,
cuando en las ondas se mece
de aquel ambiente armonioso.

Hasta que al cesar el són
que es voz del arte adorable,
emprende rauda ascensión
por el fantástico cable,
y se vuelve á su rincón.

* * *

Yo no he llegado á indagar
si esto es verdad ó no lo es;

pero sí puedo jurar
que esta historia singular
la cuenta el sabio francés.

Y si es cierta, voto á tal
que el valer de ese animal
á muchos lleva la palma,
pues hay mucho... racional,
con menos vestigio de alma.

Yo me miro en sus acciones;
pues también en ocasiones
he puesto mi poca maña,
en tejer telas de araña
con urdimbre de ilusiones,

Que es la labor más ingrata
y á la vez la más bendita,
en que el alma se retrata
tejiendo la pobrecita
las redes con que se mata.

Pues ese perpetuo anhelo
de hacer, con tejido vario,
velos que cubran el suelo,
se logra; aunque cada velo,

á menudo es un sudario.

Mas no importa; seguiremos,
los que de arañas pecamos,
tejiendo como tejemos,
y después... allá veremos
si es verdad lo que soñamos.

En tanto, si brota el són
en cuyas ondas se baña
con delicia el corazón,
corro al arte,— cual la araña,
y después, vuelta al rincón.





Vapores

Con sangre de veinte años en las venas,
ilusiones, amor y algún dinero,
parece el mundo entero
cuajado nada más de cosas buenas.

Las almas juveniles,
no ven en todo el año más que Abriles;
pues dorando con mágicos reflejos
el sol de la ilusión nuestros antojos,
siempre miran atónitos los ojos
lo bello cerca, lo demás muy lejos;
que no hay mejor conjuro,
ni alquimia más segura y bien probada
para hacer oro puro
de la escoria más vil, y aun de la nada,
que esa dichosa edad sin experiencia,
ligera, impresionable, soñadora,
que ve en el corazón toda la ciencia,
y es capaz, por virtud de cierta esencia,
de hacer un nuevo mundo en una hora.

Recuerdo que yo mismo, cierto día,
miraba amanecer con tal encanto
al amor de esa dulce poesía,
que la pobre alma mía
quedó como en un éxtasis de santo.
Las aguas de un arroyo, los verdores
del campo, cada arbusto,
los montes, la ancha vega con sus flores,
y hasta la facha de un labriego adusto,
trocáronse y vistiéronse á mi gusto.

El río le cuajé en luciente plata;
dí al monte terciopelos deslumbrantes,
y escondí un geniecillo en cada mata;
coronas de diamantes
repartí entre las flores, y mi mano
con un lujo y un rumbo soberano,
sin fijarse en el precio,
á sembrar empezó lucientes perlas,
y al punto con afán muy cuidadoso
acudieron las hojas á cogerlas;
hasta el visaje necio
de un rústico calloso,
me supo á placidez de Nemoroso;
y hasta puedo juraros una cosa:
que pensando en Homero, ví aquel día
cómo la misma Aurora describía
con sus dedos de rosa
los velos de la densa noche fría,
luciendo la mañana más hermosa.
Y embriagado en perfumes, no sé cuáles,
y el corazón henchido
de un fuerte y grato afán desconocido,
creyendo vislumbrar ciertas señales
de que sólo era digna de inmortales
la pompa aquella que á mis pies lucía,
una idea cruzó mi fantasía

que me hizo con presteza
erguir lleno de orgullo la cabeza:
créime rey ó dios, y en todo aquello
tan sólo ví de mi grandeza el sello;
pues habíanme dicho en cierta escuela,
que todo ser que corre, nada ó vuela,
los montes y los mares,
el cielo azul, la creación en masa,
á la alteza del hombre eleva altares,
siendo el mundo, á la par, su templo y casa.

Yo así de buena fe me lo creía,
porque el sabio, repito, lo decía;
aunque oyéndole tuve algún reparo,
porque el sabio no siempre hablaba claro;
mas yo, lo de ser rey, bien lo entendía,
y á fe que me gustaba
verme en un trono y á lo rey vestido
y el mundo entero en sumisión postrado,
y siempre regalado
por la marcha real mi regio oído;
á pesar de que el sabio bondadoso,
no sé si porque él mismo no entendía
la mitad de las cosas que decía,
pues usaba un hablar muy nebuloso,
ya en muchas ocasiones

indicó en sus abstrusas oraciones,
que no era lo de rey como sonaba
y se entiende en el mundo,
sino en sentido mucho más profundo;
que el hombre-rey ó dios que da la ciencia,
tiene trono y altar en la conciencia;
que es de tela de ideas su vestido
con hilos filosóficos zurcido;
que sus siervos y al par adoradores,
son de sus pensamientos los fulgores;
y que habiendo llegado á echarle el metro
al eje de la tierra,
suya es la tierra ya con cuanto encierra,
porque el metro á ese rey sirve de cetro;
y que sólo por marcha real seduce
su fina, griega y alemana oreja,
la música ya vieja
que de los mundos el rodar produce!...

De todas esas cosas me acordaba
en la mañana que cité hace poco,
y á fuerza de buscar cómo juntaba
con el mundo real lo que pensaba,
llegué á dos dedos de volverme loco.
Invadióme el mareo la cabeza,
mi magín se llenó de densa bruma,



crecieron cual la espuma
las dudas que atacaban mi realeza,
y á pesar de acudir con gran presteza
mi reino á defender con argumentos
de que aquel sabio guarneció mi mente,
por uno que al asalto daba frente
los contrarios alzábanse por cientos.

«¿Que eres rey, me decían? ¿De qué tierra?
¿Que eres dios? ¿Desde cuándo, hongo divino?
¿Acaso torcer puedes el destino
del gusano más vil que en tí se encierra?
Porque abarca el espacio tu deseo,
y audaz tu pensamiento,
atrás dejando en rapidez al viento,
recorre el ancho campo de la historia,
¿puedes decir: es mío cuanto veo,
del mundo soy el rey, mía es su gloria?
¿De dónde vienes con orgullo tanto?
¿Qué puedes y qué alcanzas,
tú que quieres presente y no esperanzas?
¿Y á dónde con tus galas,
metafísico rey, tiendes las alas?...
Tú, que respeto santo
pretendes merecer de cuanto alienta,
y endiosado te miras en la altura,
si el caso se presenta

aflojas con olímpica frescura
de tu propia razón la estrecha cuenta,
y dando á tus deseos libre curso
enlodas en la orgía tu discurso!...

» Ahora bien; considera
al verte en ese lodo,
qué caso hemos de hacer de un rey tronera,
qué nos puede inspirar un dios beodo!
Risa y pena á la vez por tu locura;
compasión, por la horrible desventura
que el orgullo te labra;
risa, porque en tus labios no hay palabra
que más de esclavo que de dios no sea;
y risa y compasión estás causando,
al ver que, al tiempo que la loca idea
de ser un rey ó un dios te está abrumando,
la humedad del rocío está calando
sin respeto el tejido de tu ropa,
dejándote ¡gran Dios! hecho una sopa!...»
En efecto: sentí impresión de frío,
y entonces advertí, con daño mío,
que el llanto de la aurora
no es de perlas, .. que es agua lo que llora,
y que hacía papel muy desairado
un rey ó un dios expuesto á verse helado!

Triste cosa es que así turbe la calma
de una buena conciencia un loco anhelo;
aunque es un gran consuelo
ver cómo vuelven el sosiego al alma,
cuatro gotas no más de agua del cielo.





F. H. to.

3. 9. 11. 1884

¡Cómo ha de ser!

Me dices que te mueres porque ha muerto
el ángel de tu amor,
y que ya el mundo es para tí un desierto,
la vida un torcedor;

Que al mirar á través de la que lloras
sin ella el porvenir,
maldices de los días y las horas
que tardes en morir;

Que del mágico edén que el amor crea,
sólo te queda ya
el rincón del osario de tu aldea
en que enterrada está;

Y que allí, ante la fuente de tu duelo,
hallas placer cruel,
con ansias locas de escarbar el suelo
para enterrarte en él.

Ni pides luz al sol, ni al día galas;
y con delirio atroz,
me escribes no sé qué de alma sin alas
de pájaro sin voz.

Para tí el hondo libro de la vida
no tiene más lección,
que el pedazo de tierra removida
que encierra tu ilusión.

; Esa es la historia eternamente nueva!
pero ; cómo ha de ser,

si en plena juventud no hay hijo de Eva
que la sepa leer!

Yo sé de alguno,—y á los dioses juro
que es cierto lo que sé,—
que también ha cruzado el antro obscuro
en que tu amor se ve.

Las tardes del otoño, entristecidas,
á la poniente luz,
le vieron sobre tierras removidas
llorar junto á una cruz.

Manchas obscuras de hojarasca yerta,
con débil revolar,
sobre la tierra de la amada muerta
caían sin cesar.

¡Y todo era allí triste!—un alma en duelo,
la hojarasca ruin...
y entre la muerta y el negruzco cielo,
¡la soledad sin fin!...



Después, tendió su manto la nevada:
blancura sin igual
que á los rayos del sol brilla irisada
cual polvo sideral.

Y al mirar tan purísima cubierta,
hirióle la ilusión
de que surgía de su amada muerta
la blanca aparición,

Que en un rayo de sol, blanca y alada,
brotando del no ser,
ascendía sin fin, transfigurada
en ángel la mujer;

Porque es cosa vulgar que en todo amante,
aun el más infeliz,
hay algo de aquel fuego con que el Dante
idealizó á Beatriz.

Lo que es que un ser mortal idealizado,
deja de ser mortal...
y en clínica de amor ya está curado
quien ama en lo ideal.

* * *

Pasó la nieve; y al llegar de Mayo
aquel dulce calor
que cuaja misterioso en cada rayo
una esperanza en flor,

Vió el amante florido el triste osario,
y en torno de la cruz,
cada flor parecía un incensario
de amor hacia la luz.

Y entre flores y aromas y quimeras,
pasando fué ¡ay de mí!
lo que tú pasarás, aunque no quieras,
pues Dios lo quiere así.

* * *

Las flores que tus manos colocaron
en la adorada sién,
son hijas de las flores que brotaron
en el primer Edén;

Y el ruiseñor que escuchas, ha aprendido
su canto seductor,
del ruiseñor aquél que hizo su nido
junto al primer amor;

¡ Y ya ves qué de inviernos han pasado,
qué de centurias van,
sin que haya su belleza abandonado
esta casa de Adán!

Pues así de la vida el breve vuelo
se abate ante el dolor,
sin ver que cada flor que mata el hielo
es germen de otra flor.

De amor nacida y para amar creada,
irá de cruz en cruz
el alma, que es la eterna enamorada
de todo lo que es luz;

Y á cada muerto amor, nuevos amores
su fe despertarán,
y otra vez los divinos ruiseñores
¡ sus bodas cantarán!

¿Lo dudas? ¡No lo dudes, que está escrito!...

Pero ¡cómo ha de ser,
si el amor, cuando llora, es un bendito
que no sabe leer!





La noche de Reyes

I

«Creed, como en el sol que está alumbrando,
que son los Reyes Magos con su gente
los que irán esta noche caminando,
guiados por la estrella refulgente
que á Belén los conduce desde Oriente.

Y creed que son ellos,
los que, al rayar la aurora,
envueltos en ropajes los más bellos
cruzarán todo el mundo en una hora,
derramando sin tasa
cuanto dulce y juguete el mundo encierra,
sobre todos los niños de la tierra,
ya vivan en palacio ó pobre casa.»
Así un buen cura de lugar decía,
con gesto paternal y voz tardía,
á un grupo de angelitos... y angelones
que atajaron su paso muy traviesos
al volver ayer tarde á la abadía,
moliéndole á cuestiones
y las manos comiéndosele á besos
y el manteo quitándole á tirones.
«¿De veras, señor cura?» —
gritaban los muchachos. — «Sí, hijos míos;
— decía el sacerdote con dulzura; —
id á casa, y cenad; luego, dormíos
rezándole á Jesús que os haga buenos;
y al despertar mañana,
no hay duda que hallaréis en la ventana
de ricos dones los zapatos llenos.»
Con esto aquellos ángeles pringosos,
sintiendo ya los dulces arrebatos

del deseo de pastas y turrónes,
y pensando no más, los muy golosos,
que en llenar de zapatos
ventanas y balcones,
dispersáronse armando gritería
como alegre bandada de gorriones,
en tanto que el buen párroco decía
alzando el llamador de la abadía:
«¡Dios quiera que los Magos
sólo repartan esta noche halagos!
¡que sólo den sin tasa
esperanzas y amor, miel verdadera
de tanto pobrecito como espera!»
Y el cura se entró en casa,
repitiendo entre dientes:—«¡Dios lo quiera!»

II

Armando chillería se acostaron
los chicos que al buen cura acometieron,
y apenas se acostaron, se durmieron;
y apenas se durmieron, ya soñaron.
Debajo de la manta acurrucados
y hecho el cuerpo un ovillo, por su mente

cruzaron en visión resplandeciente
de séquito lucido acompañados,
los tres Reyes de Oriente;
y vieron sus camellos
de gruesas jibas y encorvados cuellos,
llevados de las riendas por un paje
de cara negra y pintoresco traje.
Detrás, en recua larga,
que en brumas se perdía allá á lo lejos,
seguían con vistosos aparejos
los camellos de carga,
los bagajes reales, que encerraban
en panzudas banastas los presentes
que todos los chiquillos aguardaban,
sintiéndose ya el gusto entre los dientes.
Arriba, en el zenit, resplandecía
una estrella de mágicos destellos;
á su luz misteriosa parecía
que los Reyes, los pajes, los camellos,
radiantes de hermosura,
tuviesen el perfil de plata pura.
Y el sueño venturoso
prolongando sus mágicas visiones,
hizo de cada niño un poderoso,
llenando sus sencillos corazones
de un bálsamo dichoso,

que luego busca el hombre sin reposo,
y no le dan jamás sus ambiciones.

III

Con el alba, la voz del campanario
llamó festivamente al vecindario.
El templo, débilmente esclarecido
por una vieja lámpara y dos velas,
pronto se vió invadido
de cristianas abuelas,
que, dando de piedad madrugadora
un saludable ejemplo,
entraron con sus nietos en el templo.
Y apenas terminado
el santo sacrificio de la misa,
los muchachos, con aire alborozado,
salieron á la calle á toda prisa,
ansiosos de contar hasta á los gatos
lo que habían hallado en los zapatos.
«¡A mí, tortas de huevos!»
«¡A mí, zapatos nuevos!»
«¡Pues á mi me han traído,—
gritó el pequeño alcalde, alzando el gallo,—

turrónes, vino blanco y un vestido!»
«¡Qué vale!» «¡Más que tú!» «A mí un caballo,
con estribos de plata,
con riendas de verdad y larga cola!»
«¡Pues á mí una pistola!...»
«Que no tira» «¿Que no?» «¡Si es de hojalata!»
«Pues mi abuelo me ha dicho que hasta mata!»
«¿Quién habla de matar, Dios soberano!»
—se oyó la voz del cura
que al grupo interrumpía con dulzura;
y al verle fueron todos de corrido
á besarle la mano
repitiéndole á gritos la ventura
que al saltar de la cama habían tenido. —
«¿No os lo dije?... Sed buenos,
y ya veréis los Reyes... Mas, ¿quién llora?»
«¡Es Pepe!» «¿Qué tenemos,
que ya vienes con llantos á esta hora?
Anda, —dilo; y el cura le dió un beso. —
¿Le has hecho á tu mamá alguna perrada,
y los Reyes por malo... por travieso,
no te han traído nada?»
«¡No señor!» «¿Qué, no es eso?» «No, no es eso...
es que mi madre llora.» «¿Qué la pasa?»
«Yo no sé... ¡qué sé yo!... Dice mi abuelo
que ha estado un ángel esta noche en casa,

y á mi hermanita se ha llevado al cielo!...»
«¡Santo Dios... qué amargura!
¡Qué dolor, pobre madre!» —exclamó el cura
con dolorido acento;
y al verle los muchachos contristado,
se miraron callados un momento
yéndose cada uno por su lado.





Marinas lequeitianas

I

Junto á la base roqueña
de un islote, la ancha playa;
y á la izquierda, en la Atalaya,
una cruz sobre una peña.
Mar adentro, mucha bruma;
hacia tierra, mucha luz,

y en la playa mucha espuma,
y espuma al pie de la cruz.
Del islote á la Atalaya,
dando al mar puerta de roca
que su furor pone á raya,
extiende el puerto su boca;
y entre uno y otro peñón
se columpia el oleaje,
con vaivenes de salvaje
y rugidos de león.

II

A todo trapo, bogando
ligera sobre la charca,
del puerto se va alejando,
como un pájaro, una barca.
Y en la flotante guarida
tres mozos y un viejo van...
que van á jugar su vida
por un pedazo de pan.

III

Esparcidas en la bruma
del horizonte, parecen
ligeros copos de espuma
ó aves que en el mar se mecen.
Notas blancas que al azar
mueve el viento coquetuelo,
uniendo el azul del cielo
con el verde azul del mar.
Luego, al venir la bandada,
se convierte cada nota
en una vela cuadrada
sobre un cascarón que flota,
y que al avanzar, tomando
contornos la blanca mancha,
va en las ondas dibujando
la silueta de una lancha.
Resbala la breve quilla,
presto hundida, pronto en alto,
cubriéndose á cada salto
con encajes de espumilla;
mientras turgente la vela,
que dócil se inclina al viento,

con gracioso movimiento
rozando las aguas, vuela.

I V

La tarde va cayendo, el sol declina...
parece que las aguas quedan solas;
y al beso de la noche, ya vecina,
se cubre todo el mar con la neblina,
que es el traje de noche de las olas.

Las barcas pescadoras van llegando
al puerto, ya en la obscuridad sumido;
y, una á una las velas arriando,
presurosas al puerto van entrando,
como vuelven los pájaros al nido.

V

Un farol que apenas brilla,
entre dormido y despierto,
más que alumbra, vela el puerto,
cual nocturna lamparilla;

y á los menguados reflejos
de su débil claridad,
se ven en la obscuridad
fantásticos aparejos,
que, á tientas y mal, dibujan
con filo de luz temblona,
cables, cascos, jarcias, lona...
muchas barcas que se estrujan...
y unas vergas ondulantes
que se mueven á compás,
como péndulos gigantes
en la sombra suspendidos,
que le cuentan los latidos
al mar, que ruge detrás.

VI

Los encantos del mar me solicitan
con voces seductoras;
mis ojos asombrados no se quitan
de verle á todas horas,
y del gozo de verle no se ahitan.

En alta mar, allá, muy á lo lejos,
las nubes y la espuma
fundiendo sus dos reinos en la bruma,
se envían sus reflejos
cual de un mismo infinito dos espejos.

Y acá, junto á mis pies, con blando hechizo
vienen y van las olas,
quebrándose sonoras en un rizo
de espumas, que Dios hizo
pensando en las mantillas españolas.

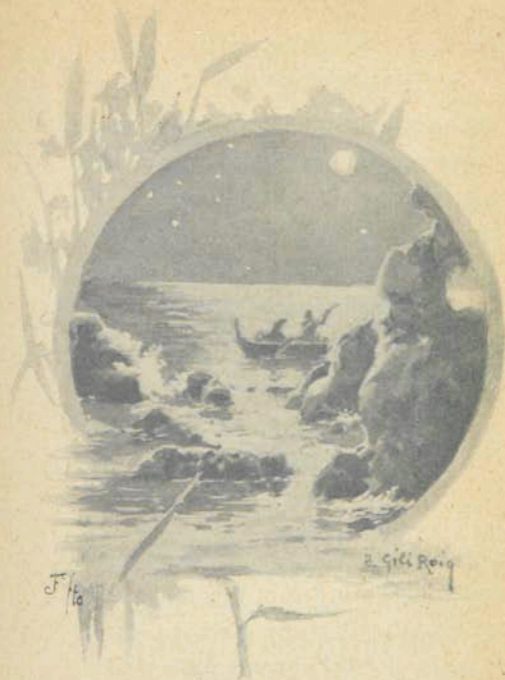
Miro avanzar las ondas anheloso,
poniendo el alma entera
en ir siguiendo su veloz carrera,
y el monstruo tormentoso
ni á su afán ni á mis ojos da reposo.

Y en calma ó en tormenta, noche y día,
oigo vibrar su acento,
como una voz de Dios, que Dios envía
envuelta en poesía
la más alta que goza el pensamiento.

¡Oh mar! inmenso mar, lira gigante
de una canción ignota

que el oído persigue palpitante!...
quien te pueda robar sólo una nota,
para oír siempre á Dios tiene bastante.





Rayo de luna

DESDE LA TERRAZA DEL JARDIN DE URIBARMEN,
EN LA COSTA DE VIZCAYA

I

Oye, condesa, la gentil quimera
que anoche me contó, sin duda alguna,
esa grande hechicera
que mira por los ojos de la luna.

Sólo al contarlo mi amor propio siente,
que no pueda poner, en lo que cuente,
algo siquiera de la luz de aquella,
que es para tantas almas la más bella,
porque ven, ó creen ver, á sus reflejos,
lo que sólo el misterio hace visible,
y les hace tocar lo que está lejos,
y les hace creer en lo increíble.

II

Has de saber... Mas te diré, primero,
pensando en tu jardín y en mi quimera,
que guardes tu jardín con buen clavero;
pues no siendo la luna la hechicera
de anoche, juraría
que anoche, con las brumas de la ría,
penetró en tu jardín un hechicero.
¡Oh, sí! fué brujería
de espíritus traidores
con romántico empeño conjurados,
pues yo, que tengo ya por anticuados
los aires soñadores,
me sentía flotando en los vapores
que producen los sueños azulados.

¡Espléndida ocasión! El alma humana,
se esponja ante hermosura tan divina!
Verjeles, clara luna, mar lejana
rugiendo en la neblina;
costa brava, dantesca, resonante...
un islote perdido entre la bruma...
y aquí y allá, con nota vacilante,
ya cascadas, ya ráfagas de espuma.
Mucha luz, de esa luz que es luz apenas,
de esa luz que transforma cuanto toca,
de esa luz que hace blancas las morenas,
y con numen de artista ó niña loca,
va tallando un fantasma en cada roca
y en las ondas del mar finge sirenas!...
¿Lo ves?... ¡me causa espanto!
¡aún corre el sortilegio por mis venas!
La ría, el cielo, el mar... ¡Pero Dios santo!
¿qué te puedo contar si de ese encanto
tienes, condesa, las pupilas llenas!

IV

Al pie del mirador que da á la ría,
cesan las olas, los bramidos cesan...
sólo un rumor se oía,
que abajo, en la penumbra, parecía
claqueteo de labios que se besan.
Y hacia el mar, con enérgico brochazo
de sin igual bravura,
el reflejo lunar hincaba un trazo
de fosfórica luz, de plata pura...
un reguero de luz tan seductora,
que si te digo lo que pienso ahora,
pasada la ilusión, caído el velo,
casi estoy por creer que fué el señuelo
con que atrajo mis ojos la hechicera,
prendiéndome en la red de la quimera.
¿Qué, te ríes? No importa; tu risilla
no ha de causarme enojos:
¿qué culpa tengo yo de que los ojos
se claven, como el alma, en cuanto brilla?
¿No ves que hasta las flores
se muestran de la luz enamoradas,
y ansiosas de beber sus resplandores,

se agitan, como niñas deslumbradas
por la luz que despiden sus amores?
Y allá en la tierra ardiente
del áspid que mató á la *gran gitana*,
¿no has oído contar que alza la frente
un bronce colosal, que al sol naciente
despide extraño són cada mañana?
Pues esa vibración y aquel encanto,
y hasta el espasmo santo
del que siente inundado el pensamiento
con luz de más allá del firmamento,
revelan, á su modo,
que este mundo brotó de una mirada,
cuyo intenso fulgor dió vida al lodo
con un alma, que es luz muy condensada!...
Y así las cosas por la luz son todo,
como las almas sin la luz son nada.

V

Era una escena, al par, grande y sencilla:
Dios pinta así: á lo Dios: es su manera;
mas tanto su bondad en esto brilla,
que se deja copiar por un cualquiera...
que se llame algo así como Pradilla.

No era más que el reflejo de la luna,
partiendo en dos mitades
la negrura de aquellas soledades,
que el mar encanta con vaivén de cuna.
Pero fijate bien; y si no encuentro
la forma pura que encontrar quisiera
con que hacerte palpable mi quimera,
para verla mejor, mira hacia dentro,
hacia allí donde el alma recogida
levanta, en breve espacio,
el mágico palacio
que pueblan las quimeras de la vida...
Allí donde guardamos la memoria
de amores imposibles
con nombres de mujer ó luz de gloria...
y allí se harán visibles
las cosas con que ayer, sin duda alguna,
me encantó la hechicera de la luna.

VI

Mira, pues: en la sombra, hacia aquel lado,
se oye una voz que canta,
con ritmo quejumbroso, entrecortado,
con ese ritmo de remar que encanta.

Y en esa voz que de las sombras brota
derramando en la sombra sus acentos,
parece que han juntado, en cada nota,
la noche, el mar y el hombre sus lamentos.
Al eco del cantar, sigue el oído
lo que la vista á penetrar no alcanza...
y, á compás del cantar, se oye el ruido
de algún esquife que remando avanza.
Mas, de pronto, ¿no ves? ¡la proa brilla!
hiende el agua en la zona rutilante,
y á espaldas de una ola, alta la quilla,
empuja el remo la visión brillante
que hecha de luz parece...
y en la sombra otra vez desaparece.
La ola que se fué, torna bravía
deshaciéndose en plata bullidora;
y al perderse en los senos de la ría
los ecos de la barca pescadora,
queda en los aires, para mí, flotando,
un ritmo, cuatro notas, una esencia...
y una barca que pasa deslumbrando,
como pasa fugaz, siempre remando,
de una sombra á otra sombra, la existencia.

VII

Sé, condesa, sin género de duda,
como sé muchas cosas de igual vuelo,
que ni el cielo es azul, ni el cielo es cielo,
ni habló nunca la luna... porque es muda.
Ya ves, amiga mía,
que con estas verdades que proclamo,
bien me puedo llamar, como me llamo
en arte, ciencia y fe, hombre del día.
Mas sé de igual manera,
que al ir de *lo real* siempre al encuentro,
la pobre humanidad se desespera,
barriendo musarañas hacia fuera
y hallando siempre musarañas dentro.
Ayer, el ideal, todo era nube;
¡fuera nubes!—se dijo; y ahora sube,
preñada de realismos, una ola,
que arrastra un ideal de tierra sola.
Mas déjala pasar, y detrás de ella
has de ver ó verán los que vinieren,
la deslumbrante huella
del paso de los dioses que no mueren:
las grandes realidades

del amor, de la fe y la poesía,
y los sueños también: que todavía
los sueños, como sueños, son verdades.

Perdóname esa atroz algarabía
de la que sólo tu bondad me escuda;
perdóname otra vez: yo no quería
sino hacerte saber que ya sabía
que la luna no habla... porque es muda.
¡Mira tú si lo sé! Precisamente,
fiado en la virtud de su mutismo,
lo que quiero ocultar hasta á mí mismo
se lo charlo á esa dulce confidente,
cuyo mirar de esfinge
responde á nuestras ansias de tal modo,
que aunque todo lo finge
parece que lo escucha y lo ve todo,
hablando, sin palabras ni sonido,
como hablan las miradas luminosas...
pues así, bajo formas misteriosas,
juntando la verdad con lo fingido,
nos hablan al oído
su lenguaje ideal todas las cosas.



VIII

Y en esa lengua y por sutil manera,
tan graciosa y profunda cuanto vaga,
me fué contando la celeste maga
ésta que tengo por gentil quimera.
«La barca rutilante, — me decía, —
y el derroche de hirviente argentería
que contemplaste ansioso
flotando en el reguero luminoso,
no son, si bien lo miras,
otra cosa que fútiles mentiras,
espejismos, fantasmas, sueño vano
que haría sonreír á cualquier listo,
de esos que sólo han de creer en Cristo
si le tocan las llagas con la mano.
Mas por mucho que quieras
llevar á ese crisol las realidades,
la vida te dirá, de mil maneras,
que todas las verdades
se visten, poco ó mucho, de quimeras.
El nocturno cantar, el tosco leño,
la negra inmensidad, la frágil cuna,
se transfiguran en visión de sueño

al toque de los rayos de la luna.
Y así, cuanto ve el alma embelesada,
cuanto bello en el mundo el hombre ansía,
no es más que realidad transfigurada
por luces de inefable poesía,
que al cabo, cual mis rayos y á su modo,
de otro foco más alto son reflejo...
y así el alma y el mundo son espejo
de aquella Luz que lo embellece todo!...»

IX

Y aún dijo mucho más, y habló de amores
con esa competencia de la luna,
que de amor y mudanzas de fortuna
sabe más que cien claustros de doctores,
pudiéndote jurar, amiga mía,
que herido del celeste centelleo,
al dejar el balcón que da á la ría
de puro deslumbrado no veía,
y andaba con andares de beodo,
bebiendo poesía
que ayer la luna derramaba en todo,
filtrándose con lindo jugueteo
á través del ramaje hasta la arena;

y en cada hebra de luz, como á un conjuro,
veía repetirse, allá en lo obscuro,
la encantadora escena
de aquella hermosa barca, tosco leño
que un rayo de la luna trocó en sueño.
Mas ¿fué un sueño? No, no; visión sentida
que al alma llega y desde el alma parte
cruzando los océanos del arte,
donde toda belleza percibida,
por su sola presencia, tiene vida,
y por eso es *real*: verdad, en suma,
cual la luna, la noche, el mar, la espuma,
y el cantar y la barca pescadora,
y todos los encantos que atesora
este rincón de espacio,
donde arrullan las ondas tu palacio
y al par besan los pies á su señora.





Paseo en bote

Un arroyuelo hospiciano,
pues apenas nombre gasta,
tan menguado en su caudal
como risueño en sus aguas

que entre quiebros y rumores
cantando del monte bajan,
da limosna intermitente
á la ría lequeitiana,
que en la bajamar es charco
y en la pleamar mar brava.

No es sol andaluz el sol
de la tierra de Vizcaya;
pero pone tal frescura
en los tonos de esmeralda
con que sus valles se cubren
y sus montes se engalanan,
con toques de cielo arriba
y abajo con notas blancas
de esparcidos caseríos
que el valle y el monte esmaltan,
que parece aquel rincón,
cuando se mira en las aguas
de la ría pintoresca
y transparente, una muchacha
que luce su cara al sol,
después de mojar su cara
en la fuente que le presta
limpieza, frescura y gracia.

Sombreadas ambas riberas
un molino, una chopada,

aquí un puente ennegrecido,
allá una vetusta fragua,
y entre castaños y helechos,
maizales y espadañas,
manzanos que al rojo fruto
rinden sus colgantes ramas,
en tal copia, que si fueran
tentaciones las manzanas,
habría para pecar
todas las Evas de España.

Pero el timbre de la ría
y el blasón de la comarca,
es desde siglos atrás
el solar de Adán de Yarza.

Sus torres hablan de guerra,
su ancha mole de pujanza,
de nobleza sus escudos
y de vetustez su estampa,
pues el viejo caserón
sus piedras mostrara blancas,
si cual nosotros, las piedras
con el tiempo echaran canas.

El crepúsculo es la luz
que á su aspecto mejor cuadra,
porque el misterio es amigo
de todo lo que se acaba,

envolviendo sus despojos
en la flotante mortaja
de recuerdos y leyendas,
que á lo muerto prestan alas,
para volar á otra luz
donde en poesía ganan
la vida que ya perdieron
tantas grandezas pasadas.

Una tarde, en pleamar,
recorría aquellas aguas,
flotando en mis fantasías
más que en las ondas saladas,
cuando de pronto el patrón,
con enérgica *ciada*,
puso el costado del bote
frontero á la vieja casa,
y— «aquél es,» —dijo, mostrando
en la negruzca fachada,
un mirador sombreado
por saliente barbacana.

La fiereza del granito,
por el arte no templada,
templóla el tiempo poniendo
en el mirador, su marca
de musgo, sillares rotos
y rampantes parietarias.

Y al señalar el patrón
al mirador, luego al agua
volviendo expresivo gesto,
añadió: — «y él aquí estaba;» —
y así terminó el relato
que con pintoresca charla,
al comenzar el paseo
me hizo el patrón de la barca.



Parece que un tiempo fué,
en que andaban siempre al arma
los Limona de Motrico
con estos Adán de Yarza;
y se cuentan de sus odios,
entre crímenes y hazañas,
cada historia como un cuento,
cada cuento como un drama,
en que asaltos y motines,
desafueros y estocadas,
mancharon hasta el altar
y ennegrecieron las almas.

Sobre ese enconado fondo
dos siluetas se destacan,

que al amor rindiendo el odio
copiaron, sin gran mudanza,
al pie de este caserón
la tragedia shaksperiana.

Se vieron en romería,
fueron chispas sus miradas,
luego, terceros de amor,
de la chispa hicieron llama,
luego sustos, luego encierros,
luego caricias hurtadas
al sobresalto... y al fin,
extendiendo heroicas alas,
una fuga á media noche,
más que tormentosa, trágica.

Desde el mirador al mar,
se desarrolla una escala;
sombra flotante descende
poco á poco hasta una barca,
y al ir á fiar al remo
el colmo de tantas ansias,
se oyen gritos, se abren puertas,
el furor enciende llamas,
cuyos reflejos descubren
sobre el vaivén de las aguas
una escena de dolor
más que una centella rápida:

yérguense ella y él, se estrechan,
y con las bocas juntadas,
en las ondas de la ría
se hunden como dos fantasmas.





Diseño

Como la nieve, pura ;
como la nieve, blanca ;
como la nieve, fría ;
y al fin y al cabo, cual la nieve... agua.



La hoguera

I

Bien se te pinta el afán,
niña mía, con que esperas
la ronda de las hogueras
de esta noche de San Juan.

Anda, corre, niña mía...
las llamaradas ya crecen
con fulgores que parecen
auroras de un nuevo día,
á cuyo alegre calor
y á cuya luz son de ver
las caras enrojecer,
la inocencia en su esplendor,
la luna palidecer,
y el humo que se levanta
esparciendo turbias olas,
mientras corre, ríe y canta
esa rica turba santa
de caritas de amapolas.

Anda, niña, corre pues;
mas si tu afición se extrema,
no olvides que el fuego es
muy hermoso, pero quema.

Como tú quisiera yo
embriagarme en su juego,

que me recuerda aquel fuego
de otra edad que ya pasó.

También como tú corri
de la hoguera en derredor,
con alas que ya perdí
de otros fuegos al calor;
pues siempre y en toda edad
nos lleva la voluntad
con atracción hechicera,
á correr con ansiedad
alrededor de una hoguera,
que deslumbra en la niñez,
abrasa en la juventud,
encanta en la madurez,
y aun extiende su virtud
contra el frío en la vejez;
porque el fuego has de saber
que no es sólo combustión
de leña seca en montón,
como ése que ves arder
y en mil chispas se derrama:
no, hija mía; ya verás,
cuando llegue la ocasión,
que al calor de oculta llama
también arde el corazón,
y por tí misma sabrás

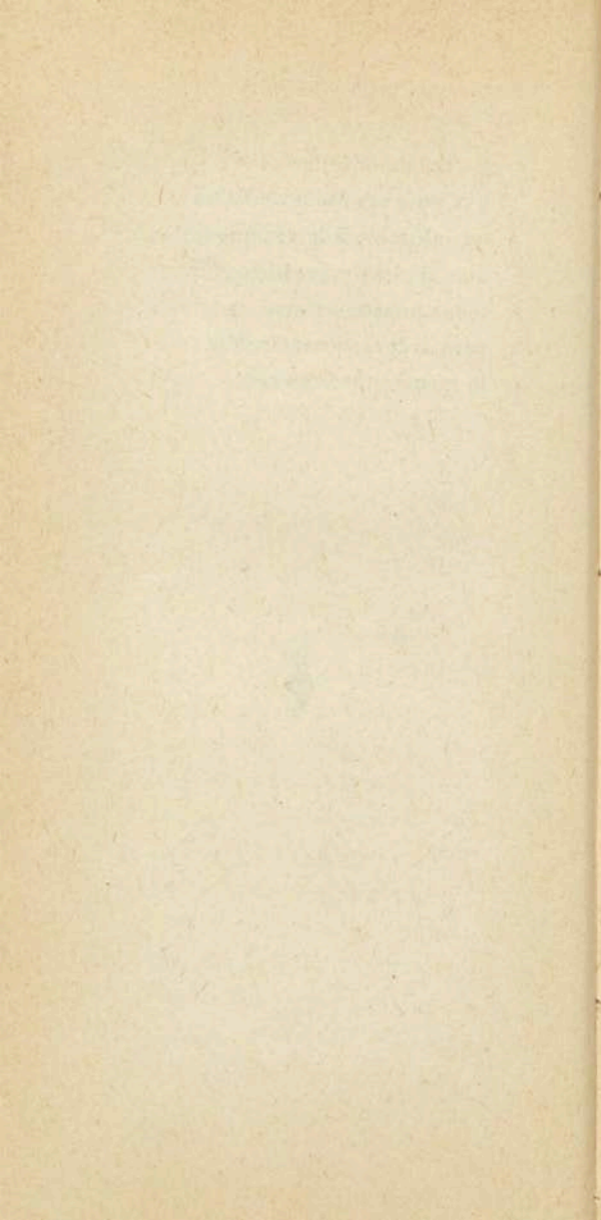
que es fuego vivo quien ama,
y que todo amor es fuego,
cuya potencia sin tasa
prisioneros de ese juego
nos lleva, por varios modos,
y así á todos nos abrasa
haciendo que amemos todos.

III

Anda, juega, ángel querido,
con la luz que tu alma anhela...
Pero, qué ¿no me has oído?
cógete bien el vestido,
vé despacio, con cautela...
mira que la hoguera es loca
y es además traicionera,
y hace presa en cuanto toca,
¡y si te besa en la boca
toda tu alma será hoguera!
Y á sentir empezarás
lo que un día has de saber,
porque al fin eres mujer

y en el amor arderás:
que ante esa radiante llama
que alumbra á la vez que inflama
aun al alma más enteca,
todas nuestras almas son,
para arder, en conclusión,
lo mismo que leña seca.







La « correo »

I

Días há que á la hora en que se aleja
el sol del horizonte,
distingo allá á lo lejos una vieja
que apoyada en un palo sube el monte,

todo lo prestamente
que el peso de sus años la consiente,
sirviendo así el empleo
de traer á este risco silencioso
el eco bullicioso
del humano hormiguelo,
encerrado en la bolsa del correo.

Y viéndola llegar á paso tardo,
con sus años cargada y su cartera,
en impacencias exigentes ardo,
¡que siempre es exigente quien espera!

11

Aún tardará en llegar... Aún está lejos,
y lo que es de apretar no lleva traza...
¡Jesús, qué poco andan esos viejos!...
¡qué cachaza, Señor... cuánta cachaza!

Cruza el torrente ahora,
tentando con el palo cada piedra...
¡Vivito, eh, señora,
que no se ahogará!... ¿por qué se arredra?
Vaya, por fin pasó, ¡ya era hora!

III

Con la mirada en *la correo* fija,
siento los pinchos de una duda grave:
¡qué vendrá en la balija!
mi ventura tal vez... tal vez ¡quién sabe!—

Mas ya está en el molino;
pronto lo sabré todo...
ya pasa los nogales, y el recodo
va tomando que oculta allí el camino
y á la vieja también, por un momento.
¿Momento, dije? miento:
por fuerza, á lo que veo,
se me ha echado un descanso *la correo*.
¡Pues no la cuesta poco
de doblar esa vuelta, que un segundo
jamás me cuesta á mí! Vaya, estoy loco,
ó esa tardanza clama á Dios y al mundo.
¿Por qué permitirán lo que aquí pasa?
Dirán que en beneficio
del joven peatón, enfermo en casa,
su madre hace el servicio

y le cobra el jornal con que hacer frente
á los pobres cuidados del paciente.
Bien ¿y qué? Si está enfermo, hay hospitales.
Los servicios postales
exigen juventud, y pierna lisa
para andar muy aprisa... muy aprisa,
pues á veces hay cartas... Mas, ¿qué veo?...
Junto al jardín, entre las tapias, creo
que una mujer avanza...
Sí, es ella, la vieja, *la correo*...
¡Si vendrá en su cartera mi esperanza!

IV

—¿Hay algo?— ¡Friolera!
Hay mucho, señorito...
—¿Qué es ello?— ¡Que me mata esta cartera!
—Eso es, siéntese usted, buena manera
de despachar... Repito
si hay algo para mí.—Si yo supiera
de letra... Vea usted este sobrescrito.
—No es para mí, mujer; es para el cura.
Boletín Eclesiás...—¿Y éste?— ¡*El Futuro*?

¿De quién ha de ser ése, criatura,
si no dél?... Éste es mío... también éste...
—¿Y estos pliegos lacrados?— De seguro
que vienen del Gobierno.—¿Traerán peste?
—¡El pensamiento es chusco!
Puede que sólo traigan elecciones;
mas con tales razones
nunca vamos á dar con lo que busco.
Vuelque la bolsa, ó parta
dejándome el paquete.—¡Qué impaciencia!
—*Liberal... Imparcial... Correspondencia...*
¡aquí está!—¿Y eso qué es?—Nada; mi carta.

V

Después, aquella abuela,
según varios del pueblo me han contado,
olvida su cansancio y se consuela
de su enfermo querido al verse al lado,
para luego emprender, al otro día,
con heroico valor su correría.
La pobre apenas puede; mas la alienta
su maternal afán, y va contenta,

arrastrando su cuerpo medio muerto,
con todo el pensamiento siempre fijo,
en hallar la salud para su hijo,
¡ganada en el camino de un desierto!





Ausencia

La brisa ligera,
la brisa burlona
que vive en el bosque,
que juega á su sombra,

que agita sus ramas,
que ríe en sus hojas,
que corre entre flores
besándolas todas,
que sopla en las alas
de las mariposas
hijas de los besos
del aire y las rosas,
que baja al arroyo
rizando sus ondas
y burla en sus quiebros
las nubes que copia...
la brisa ligera,
la brisa burlona,
paréceme, á veces,
que arrastra una nota,
un eco querido
de voz cariñosa,
palabra indecisa
que la brisa loca
empieza y no acaba
como mi zozobra...
rumores lejanos
de lejanas olas
que besan la arena
de ignoradas costas...

vibración que deja
canción amorosa
que algún genio lanza
y en el aire flota,
y la brisa lleva,
la brisa burlona,
del monte al arroyo,
del agua á las rosas,
de la flor al bosque,
del bosque á las ondas
del espacio, cárcel
de las mariposas,
y en torno á mi oído
juguetea y flota
llevándome el alma
prendida en sus notas!

¿Qué dice la brisa
con voz misteriosa?
Tal vez, peregrino
de tierras remotas,
me trae un suspiro
de dulce memoria,
el eco que busco,
la voz cariñosa...
rumor de tus pasos,
el ¡ay! de tu boca,

mujer de mis sueños,
ensueño de gloria,
caricia del alma
que amante te nombra,
al verse, en tu ausencia,
¡tan triste, tan sola!





A orillas del Perdigón

I

El río Perdigón, es riachuelo
que á duras penas humedece el suelo.
Dos fuentes pordioseras,
que más que manantiales son goteras,

le prestan de ordinario su tributo;
pero así que el gran sol de Agosto azota,
no manan las dos fuentes ni una gota
y el pobre Perdigón se queda enjuto.
Mas si es pobre en caudales,
ostenta como encantos naturales
las encinas de un bosque siempre umbrío,
que baja de las nubes hasta el río,
siguiendo complaciente
los caprichos que traza su corriente.
Tiene además, abierto
entre encinas y rocas un camino,
que cumple su destino
hermano de las sendas del desierto,
sirviendo á nuestra raza
cuando quiere Nemrod salir de caza,
ó evitando el rodar de peña en peña
cuando algún infeliz va allí por leña;
y después de fantásticos rodeos,
que sólo de las liebres son paseos,
se baja suavemente
bordeando de encinas su pendiente
del río hasta la orilla,
donde al verse los dos, sueltan el pico
murmurando campestre croniquilla,
hasta un pueblo, llamado Ameriquilla,

sin duda porque en él no hay nadie rico.
Y así, burla burlando, el riachuelo,
aunque pobre y ruin como un mendigo,
se arrastra bullicioso sobre el suelo,
del bosque se hace abrigo,
á través del ramaje mira al cielo,
gallea entre las flores como un mozo
á quien apunta el bozo,
y ante aquel panorama pintoresco,
que en luz y poesía es millonario,
cuando alguno le llama ¡perdulario!
él se ríe quedándose tan fresco.

II

No manchaba una nube el horizonte.
La luz primera de un tranquilo día
por encima del monte se extendía,
y bajando del monte
cuajaba tenue velo de vapores
sobre aquellos primores

que encanto dan á la menguada orilla
del pobre Perdigón de Ameriquilla.
Luego, cobrando brío
la luz que despuntaba,
parecía que á tientas dibujaba
la silueta del bosque y la del río.
Luego brotó esplendente
asomando sus fuegos sobre el monte
el astro incandescente,
y al bañarse de sol el horizonte,
pareció que se erguían vigorosos
con dibujo, color y nueva vida,
los árboles rugosos,
los límites dudosos
del lejano confín perdido en bruma,
y las lindas cabezas de las flores
que moja el riachuelo con su espuma,
— prodigio de unas gotas cristalinas
que despiden al sol fuego y colores
al quebrarse en burbujas diamantinas.
Allá dora y blanquea
el corto caserío de la aldea,
agrupado en redor de un campanario
que tardes y mañanas
ejecuta, en honor del vecindario,
la creyente canción de las campanas.

Más cerca, monte ya, la senda aquella
que entre encinas y rocas se atropella
hasta dejar el bosque y ver el llano,
se cubre de figuras
sonrientes, fantásticas, oscuras,
trazadas por la mano
de la luz, que penetra entre el follaje,
bordándole al camino lindo traje.
Y en un claro de bosque y del camino,
llevándole al paisaje
con sorprendente tino
la animada expresión, el movimiento,
que brotan siempre del humano acento,
veíanse aquel día
dos criaturas de agreste poesía:
una pobre chiquilla lugareña,
tendida casi sobre un haz de leña,
y, en un tronco apoyado,
un fornido rapaz, de pie, á su lado.

Aquí vagos temores
me asaltan de enojar á los lectores.
¿A qué tanto derroche descriptivo,
tanta palabra vana
para hacer un paisaje de mañana,
con el pueril motivo
de que sirvan sus términos grandiosos
para fondo á unos héroes tan... mocosos?
Y á esto... ¡qué sé yo!... sólo respondo,
que si hay algo de arte en lo que escribo,
el arte lleva en sí su propio fondo.
Mis héroes, pues, aquellos dos mocosos,
hablaban, con lenguaje descosido,
de lances misteriosos,
de un muerto aparecido,
del sol que estaba haciendo,
de un pajar que se estaba construyendo,
de un caballo de chopo extraordinario,
que tenía el bebé del boticario...
de todos esos mundos

que pinta la infantil palabrería
con toques de problemas muy profundos,
de que un sabio tal vez se reiría.
Y el mozo dijo, á lo mejor: — «Escucha:
yo he de bajar al río
á llenar la arenera de mi tío;
¿te bajas tú también? ¿vienes, Marucha?»
Y ella no dijo nada,
mas dió á entender que no, con la cabeza.
— «¿Por qué? ¿te desagrada?»
— «Le tengo miedo al río.» — «¡Qué simpleza!
¡Si es tan chico! — «No... no, véte, me quedo.»
— «Pero, tonta, ¿por qué?» — «Le tengo miedo.»
Quedóse unos instantes pensativa,
cruzando por su frente penas graves;
la luz de su mirada se hizo viva;
y repuso, muy seca: — «¿Tú no sabes,
que aunque hoy es pequeñito,
el Perdigón maldito
tuvo diez años hace una crecida,
y que mi madre allí perdió la vida?
Así me lo han contado.
Mi padre sólo á mí pudo salvarme,
con peligro de ahogarse y aun de ahogarme;
después, también murió. Yo me he quedado
sin más que el tío Andrés que me ha criado.»



Y al decirlo, con ojos muy abiertos,
cual si viera de pronto aquellos muertos,
agitada gritó con voz de espanto:

«¡Allí, allí en el río!...»

y concluyó con llanto:

«¡Qué sola estoy! ¡qué sola estoy, Dios mío!»

IV

El sol iba subiendo
dando tonos más vivos al paisaje;
la frescura del alba fuese huyendo
á esconderse en la sombra del ramaje,
y el flaco Perdigón, indiferente
á los muertos, al sol y á la chiquilla,
fué arrastrando su anémica corriente
por el campo en que duerme Ameriquilla,
al tiempo en que bajaba
la huérfana y llorosa lugareña,
seguida del rapaz, que la llevaba,
por pura compasión, el haz de leña.
Su corazón, sencillamente humano,

al oír el relato lastimero
de una pena tan honda y tan amarga,
con los ojos de lágrimas cubiertos
díjola, echando al haz de leña mano:
— «El fajo pesa, y la bajada es larga;
bastante pesan sobre tí tus muertos;
¡deja que al menos lleve yo tu carga!»





¡Hoy sale, hoy!

23 de Diciembre.

¡Felices españoles! ¡feliz tierra
donde toda ilusión tiene su asiento!...
Jardín en que dormita el pensamiento
mucho más que el amor y que la guerra.

Aunque hoy soplan corrientes de realismo,
racha que lleva el general anhelo.

á hurgar en las entrañas del abismo
la boca abajo y sin mirar al cielo,

lo que es esa corriente aquí no sopla ;
pues seguimos pasando cada día,
entre una cuchillada y una copla
y creyendo en la diosa *Lotería*.

Millares de sedientos corazones
hoy se asoman con ansia y calentura,
á la boca de un pozo que fulgura
con fondo rutilante de millones.

Y es claro: como el pozo está tan hondo,
da vértigo ; y después, los infelices
se encuentran chasqueados en el fondo,
sin millones y algunos sin narices.





El tormento de Nochebuena

.....
«Antes que dejes la mansión doliente,
leatro del dolor hecho pecado
que llena con sus ayes el ambiente,

vén y escucha, poeta, hacia aquel lado,
donde al par de armonías infinitas,
el acento oirás, nunca igualado,

de unas penas del alma nunca escritas.
Esos que ves llorar, sin voz ni llanto,
fantasmas del placer, faces marchitas,

vivieron siempre esquivos al encanto
de la santa hermandad del hombre bueno,
del amor del hogar, tres veces santo.

Al ajeno dolor y al gozo ajeno,
jamás prestaron su egoísta mano,
dispuesta sólo á prodigar veneno;

y en mengua y burla al corazón humano
mofaban paternales alegrías,
siempre ignorando la palabra hermano.»

— «Pues escucha, Maestro; ¿me dirías
qué pena es la que sufren, qué tormento
causa en ellos tan fieras agonías?»

— «No es difícil, repuso; presta atento
el oído á la música y cantares
que hacen vibrar con su divino acento

las sombras de estos tétricos lugares;
y entre el horror de esta región de pena,
oirás lontananzas estelares

que son cantos de amor, que á boca llena,
los que amando vivieron, dan al viento,
celebrando una eterna *Nochebuena*.

Y así, cuanto en los unos es contento,
es envidia y tortura para aquellos
que cerraron su pecho al sentimiento.

Lanza arriba la dicha sus destellos,
y aquí los egoístas sin ventura
se mesan envidiosos los cabellos.

Allí la Redención vive y fulgura
con amor de familia, copa llena
del néctar que ennoblece á la criatura:

y aquí contemplará la dicha ajena
todo aquel que vivió sólo en sí mismo...
y ese canto de amor de *Nochebuena*
será eterno moscón de su egoísmo.»





Miel que mata

*A un panal de rica miel
diez mil moscas acudieron...*

— Sí, ya se sabe: murieron
presas de patas en él.

Y en verdad que hallo cruel
de su apetito el final:

¿ cómo suerte tan fatal
pudo hallarse en tal dulzura?
¡ Miel que mata!... ¿ Por ventura
era mujer el panal?





El héroe anónimo

I

— «No crea usted á nadie, madre;
créame usted á mí; me muero...
Me lo dice el corazón,

más que esta niebla que siento
como noche de mis ojos,
como losa sobre el pecho,
como frío que penetra
hasta dentro de mis huesos,
mientras me rinde el sudor
que me empapa todo el cuerpo
y me punza como espinas
en las raíces del pelo...

»Sí, sí, madre; me lo dice
el corazón; no hay remedio...
La vida y mis esperanzas
se me van con este aliento,
que quiero, madre, que sirva
para hacerle el juramento,
que usted le dirá en mi nombre,
cuando vuelva Juan al pueblo,
de que jamás he tenido
sino en él mi pensamiento...
de que aguardaba su vuelta
como las almas el cielo...
y de que al morir, su nombre
(Dios me perdone si peco)
se me escapa de los labios
para que no muera dentro,
y encuentre, al volver mi Juan,

vivo al menos mi recuerdo...
Por si tardase en volver,
y ya estuviese cubierto
de nueva hierba el lugar
donde me entierren, la ruego
que ponga alguna señal
que haga seguro el encuentro;
porque á veces no se sabe,
así que pasa algún tiempo,
bajo aquella lozanía,
dónde se esconden los muertos...
y yo quiero que me sepa,
y que me encuentre al momento,
cuando al volver de la guerra
vuelva el pobrecito al pueblo,
y al ver que no estoy en casa
vaya á verme al cementerio...

»Y de que irá, no lo dude;
bien segura estoy yo de ello;
porque el amor que me tiene
es como el que yo le tengo,
que no creo que he vivido
sino desde que le quiero!...»

Y entre lágrimas de ausencia
y agonía de recuerdos,

dejando triste la tierra
y mirando arriba, al cielo,
donde pone la esperanza
los grandes nidos de sueños
para todas las venturas
que aquí tan sólo entrevemos;
entre congoja y congoja,
y entre memorias y rezos,
la novia de Juan Soldado
se quedó yerta en el lecho,
con la cara vuelta al sol,
que también se estaba hundiendo,
para lucir, como el alma,
nueva luz en día nuevo.

II

Al otro mes, — una tarde
de este mes en que lo cuento, —
subía pausadamente
la cuesta del cementerio,

un harapo de buen mozo,
casi roto y casi viejo,
arrugado de inclemencias
y lisiado á hierro y fuego,
que en las lomas de Cascorro,
donde hubo feria de alientos,
ganó talegas de gloria
con pedazos de su cuerpo.
Subía muleteando,
paraba, tomaba aliento,
y entre torpe y jadeante
penetró en el cementerio,
espantando á unos gorriones
que huyeron del contrahecho.

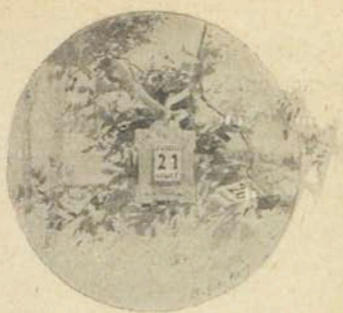
De parte á parte cruzó
la pradera de los muertos,
hasta dar con lo que pronto
le puso de manifiesto
una cruz recién pintada,
cuyo removido suelo,
entre lo verde era mancha
del tapiz del cementerio.
La gorra de rayadillo
echó á tierra; quiso luego
arrodillarse, y el pobre,
con sus palos y su anhelo,

no pudo sino caer,
y al caer besar el suelo,
y llorar sobre la arcilla
de sus adorados restos...
ruinas de su ilusión,
destrozos de su embeleso,
puñado de realidades
que son ceniza de sueños!
Tragedia del héroe anónimo
que tiene el alma de fuego
con que abrasa sus amores
y engrandece sus empeños,
y acrisola hasta sus lágrimas
dandoles nobles veneros...
como el que causaba el llanto
de aquel pobre Juan, tan bueno,
que daba por bien pagada
la gloria á costa del cuerpo...
Carga inútil que bajaba
muleteando de nuevo,
volviendo de cuando en cuando
la cabeza al cementerio,
y murmurando entre dientes,
al considerar su cuerpo:
— «Con la patria, ya cumplí,
y pues Filomena ha muerto,

¡anda allá, cuerpo ruin...
que para nada te quiero!» —

27 Diciembre, 1896.





Adiós, primavera

Callada y mansamente se ha caído,
con revuelo de arista ó leve pluma,
una hojuela del árbol más florido;...
y esto quiere decir, lector querido,
que ayer, — ya ves si el caso es ordinario,
— al quitarle una hoja al calendario,
surgió el estío, con gentil manera
diciendo que acabó la primavera.

Ahora bien; ¿qué es mejor, la flor ó el fruto?
Escoja cada cual: no lo discuto;
mas no me negará ningún dichoso,
si un perro chico de experiencia alcanza,
que el fruto más sabroso...
aún era más sabroso en esperanza.





No llores

Sin ser viejo, te diré
que de algunas cosas sé
tanto ya como el más viejo;
por eso, niña, hoy te envío,
con este recuerdo mío,
un dulce y un buen consejo.

Como eres tan chiquitina,
puede que tu golosina
dé más precio al dulce... ¡No!
Pero en fin, ¡cómo me quejo
de que hagas con mi consejo
lo que hice con otro yo!

Figúrate que la huerta
que corres con planta incierta
persiguiendo mariposas,
es el mismísimo mundo
donde cruzan, por segundo,
buenas ó malas, mil cosas.

¿Qué haces tú cuando las ves?
Poner alas á los pies,
y sin fijarte en si abrojos
hay ó no hay donde tú huellas,
corriendo te vas tras ellas
con toda el alma en los ojos.

Hasta que al fin, jadeante,
viéndolas siempre delante,
viéndote siempre detrás,
sufres y lloras... ¡Chiquilla!

¡por una mariposilla
no debes llorar jamás!

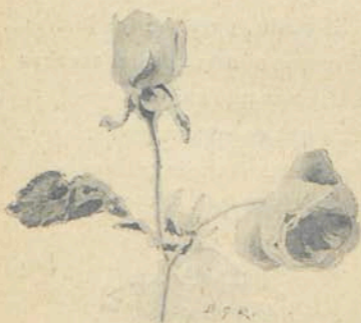
Pronto echarás á correr,
y á volar, siendo mujer,
tras de hermosísimos sueños,
y al compás de tus antojos
verás con llanto en los ojos
inútiles tus empeños.

Sé cauta, pues, en tus luchas...
Mira que aún te quedan muchas
mariposas que correr...
Mira que entre mariposas,
nunca son las más hermosas
las que se dejan coger!...

Y si llegas á alcanzar
la que más te haga soñar,
cuando esté en tu mano presa
la adorada mariposa,
aún dirás:—¡Qué poca cosa!...
¡no era esa!... ¡no era esa!...

¿Y el dulce?... ¿Te lo has comido?
Pues el consejo ofrecido

quiere decir, ya lo ves,
en lo poco que atesora,
que no llores mucho ahora...
por si has de llorar después!





El molino de la huerta

OTOÑO

Hay en la huerta un camino,
que tras de rondar la huerta,
va á dar en la angosta puerta
de un solitario molino.

Corre la yedra en festones
con abandono hechicero
desde la planta al alero
por sus viejos paredones,
adornando los dinteles
de las ventanas ruinosas,
en donde miran curiosas
unas matas de claveles.
Brillan sobre el fondo obscuro
y alzan su gentil cabeza,
chopos de blanca corteza
que cimbrean junto al muro;
y el conjunto peregrino,
con notas de verde y plata,
sobre el cristal se retrata
de la balsa del molino.

Grato es á solas soñar
al borde del claro espejo,
que hace tan dulce el reflejo
de aquel tranquilo lugar,
donde hasta el alma se queda
suspensa, como el oído,
al monótono ruido
del volteo de la rueda.

De niño, de mozo, ayer,
mil veces seguí el camino

que va al rústico molino
que no me canso de ver,
y en todas las estaciones
me sojuzgó la belleza
que esparció naturaleza
sobre aquellos paredones.
Pero ayer tarde en verdad
que algo nuevo descubri...
aunque tal vez esté en mí
y no en él la novedad.

* * *

Detrás del sol poniente
surgieron los cendales
que llenan de misterio
las puestas otoñales:
los chopos se agitaron
con sensación de frío
corriendo por sus hojas
nerviosa vibración;
y el agua de la balsa,
del mismo soplo herida,
su frío dió á la imagen

del viejo caserón.

Seguía zumbadora
la rueda del molino,
turbando sola el grave
silencio vespertino;
mas eran ayer tarde
tan tristes sus rumores,
y todo era tan triste,
tan fría la humedad,
que el alma, tiritando,
creyó sentir el soplo
de aquel invierno largo.
que da en la eternidad.





Cuento de cuentos

Pues señores, era un rey
de la potente Inglaterra,
que logró por mar y tierra
grande imperio, mucha grey.

Y para colmo de gloria,
el cielo le concedió
tres hijos, que el rey juzgó
tres espejos de su historia.
Mas un día, vió al primero
presa de dolencia aguda:
la ciencia se quedó muda,
y sucumbió el heredero.
Al año cabal, cayó
el segundo de igual suerte,
y segunda vez la muerte
sobre la ciencia triunfó.
Y aterrado el soberano
y aterrado el pueblo entero
viendo que sin heredero
iba á quedar el anciano,
llamaron á junta un día,
para estudiar tal dolencia,
á cuantos hombres de ciencia
hubiese en la monarquía.
En la junta, cada cual,
como suele suceder,
hizo gala de saber
de todo, menos del mal,
que era escondida ponzoña,
aire insano, sutil bicho...

y entre un dicho y otro dicho,
y entre si es magia ó si es roña,
pasaron largas semanas
puesta la ciencia en un brete,
hasta que saltó un vejete,
doctor con borla de canas,
y dijo: —«Escúchenme bien:
si el rey sigue mi consejo,
llegará el príncipe á viejo
aún más que Matusalén.
Basta con que, presuroso,
á no parar se disponga,
hasta que encuentre y se ponga
la camisa de un dichoso.»

Riéronse del consejo
aquellos pozos de ciencia;
mas el rey dió preferencia
á la receta del viejo,
y ordenó que el heredero
con mucho oro y equipaje,
emprendiese al punto el viaje
por el reino y mundo entero.

Desde la ciudad pujante
hasta la aldea más chica;
desde la mansión más rica
á la choza mendicante,

en desierto y en poblado
de uno y otro continente,
por doquier donde halló gente
iba el príncipe cuitado,
prosiguiendo su pesquisa
tras de un ser feliz, sin dar
con ninguno á quien quitar
la milagrosa camisa.

Cansaba ya al buen señor
tanto andar, cuando una tarde
se oyó dar el «Dios os guarde»
por un pobre leñador.
Detúvose á descansar,
porque sí, junto al villano,
y, porque sí, mano á mano
se pusieron á charlar.
Y al notar que aquel palurdo
se hallaba feliz, sin tacha,
con su choza, con su hacha
y su roto sayo burdo,
sin penas que lamentar,
sin pasiones que vencer,
sin envidias que roer
ni nada que desear,
gritóle de dicha ansioso
el infante al leñador:

—«Pero ¿eres feliz?»—«Señor,
soy todo un hombre dichoso.»

Y apenas lo dijo, aprisa
los del príncipe en tropel
se echaron encima de él...
¡y no llevaba camisa!

De este cuento el argumento,
que en tan gran verdad se funda,
tiene una parte segunda
que también es otro cuento.
¿Mas quién como nuevo cuenta,
contado ya al infinito,
el cuento del zapatito
de la pobre Cenicienta?
Por modesta la olvidaron,
por paciente la riñeron,
por buena la escarnecieron
y por bella la encerraron.
Sus hermanas, sin razón,
mientras en fiestas andaban,
á Cenicienta dejaban
sola en casa en un rincón.
Todo espejo fué pequeño
para sus hermanas, y ella,
llegó á verse que era bella,

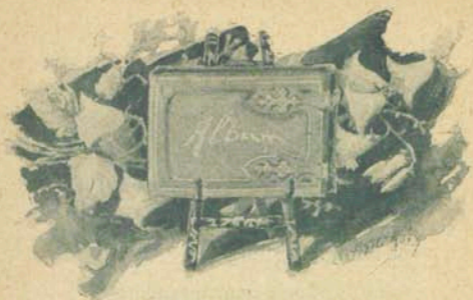


en el agua de un barreño.
Pero tanta humillación
alcanzó premio infinito,
pues gracias al zapatito
que perdió en cierta ocasión,
el hijo del rey, ufano
al descubrir tal diamante,
quiso guardarlo, y amante
la dió un reino con su mano.

También este cuento encierra
enseñanza de gran ley,
como el del hijo del rey
de la potente Inglaterra.
Y los dos, por varios modos,
vienen á decir lo mismo:
que la dicha es espejismo
tras del cual corremos todos;
pero cada cuento enseña
que la ventura soñada
se encuentra muy apartada,
muy lejos del que la sueña.
Un palacio y regio amor,
sueña cada Cenicienta,
y al grande se le presenta
la dicha en un leñador.

Y así aplica en un momento
la popular enseñanza,
á cada mal su esperanza,
á cada desdicha un cuento.
Mas para salir del potro,
sólo á decirnos acierta
que llamemos á otra puerta,
la de al lado, ó la del otro...
Sin ver cuán fuera de centro
va la humanidad entera
pues la dicha verdadera
cada cual la lleva dentro.





La Verdad y los Poetas

EN EL ÁLBUM DE ENCARNACIÓN R. DE C.

Despreciando necedades
de gentes poco discretas,
digo que son los poetas
los que han dicho más verdades.

Cada cual, puesto en batalla
por lograr lo que prefiere,
dice sólo... lo que quiere,
y lo demás se lo calla.

La palabra es un engaño,
el discurso un embolismo,
y todo, todo, egoísmo
de punta á punta del año.

Y así, por diversos modos,
pasamos la vida sosa,
engañándonos en prosa,
que es el pan nuestro de todos.

Pero el vate, Encarnación,
así que le toma el verso,
mira y habla al Universo
sin pizca de reflexión.

Si se exalta, es porque siente;
si engrandece, es porque admira;
y aunque parezca mentira
ni hablando de sueños miente.

Y es que en todo lo que reza,
canta, cuenta, ronda ó sigue,
el poeta no persigue
más que un poco de belleza,

Con sed que no ve jamás
saciada de contemplarla,
y con afán de copiarla
para bien de los demás.

Y así en todas las edades,
para las gentes discretas,

las que han dicho los poetas
son las más hondas verdades.

Que entre algunas muy hermosas
hay otras que hacen llorar,
es claro, y no es de admirar,
porque esa es ley de las cosas.

Y si no, entre mil ejemplos,
ahí van dos, buenos á fe,
y con ellos te diré
dos verdades como templos.

La primera, la peor,
es que ya voy para viejo;
la segunda... Esa tu espejo
te la ha de decir mejor.





Encantos y desencantos

I

No hay en el mundo altura,
como las cumbres de la ciencia pura.
Las cosas de la tierra no decrecen,
ni sus tintas vitales obscurecen

miradas de región tan elevada;
las cosas hacen más, desaparecen;
y así hay hombre de ciencia bien probada,
como el doctor Losada,
que siendo un sabio, de saber profundo,
de cuanto ocurre en este bajo mundo,
con todo su saber, no sabe nada.

II

Harto supo, en verdad, lo qué es la vida,
y qué es sufrir y qué es llorar por dentro,
la noche aquella, que el doctor no olvida,
en que el alma sintió como perdida
y arrancada por fuerza de su centro.

Con ensueños de amor y de fortuna,
—que son, con bellos nombres,
el barro, pluma y paja de los hombres, —
hízose un nido, que después fué cuna;
mas luego á mano airada de la muerte
perdió el nido su encanto,
la cuna, en vez de arrullos, tuvo llanto,
y el buen doctor hallóse de esta suerte,

de pena el corazón hecho pedazos,
la esposa muerta y una niña en brazos.

111

Mitigóse después — ¡todo se calma! —
de aquella pena el torcedor agudo;
resignóse á ser cónyuge de una alma
que ausente le tenía más que viudo;
y en tanto que el dolor iba menguando
y la niña Lucía iba creciendo,
el amor á la ciencia fué cobrando
el espacio que el otro fué perdiendo...
y así, siempre subiendo,
siempre el cielo midiendo y contemplando,
la tierra se le fué disminuyendo,
hasta que, ya bogando
con rumbo á lo más alto y más profundo,
puesta en la ciencia su atención completa,
la tierra para él no era ya el mundo:
no era más que un planeta.

IV

Tras la ciencia y huyendo lo ilusorio,
el doctor se encerró en su observatorio,
cuajado de instrumentos
de largo alcance y militar modelo,
cual si allí se fraguaran movimientos
para tomar desde la tierra el cielo.

Embriagóse en el cálculo y manejo
de todo aquel científico aparejo,
con que la mente humana
registra y caza mundos escondidos,
sintiendo, en las estrellas, la lejana
comezón infantil de coger nidos,
y viendo ante la lenta meridiana
la inmensa majestad que abre el espacio,
cual se mira á través de una ventana
la pompa y esplendor de un gran palacio.

Con la frente en las palmas de ambas manos,
sondeando con ojos muy abiertos
los términos inciertos
de unos grupos de signos, muy ufanos
porque ostentan en griego sus arcanos,

y saltando, después, en un segundo,
desde el papel al cielo,
se pasaba en un éxtasis profundo
muchas horas, las más, fuera del mundo,
y unos cortos instantes en el suelo.

Así llegó á sentir hacia el problema,
esa atracción suprema
que ejercen las pasiones y el abismo;
y así llegó á olvidarse de sí mismo,
mirando entre embobado y reverente
los sublimes trayectos estelares
trazados sin cesar sobre su frente,
como trazan con vuelo diligente
las palomas sus vuelos circulares
en torno de los altos palomares.

Y como en plena exaltación no hay modo
de ver lo justo y nada más, Losada
lo hallaba arriba, con la ciencia, todo,
y abajo, con el mundo, poco ó nada.

V

Lo poco que en el mundo distinguía,
era el rubio capullo de su esposa,

la pequeña Lucía,
que por rubia, callada y vaporosa,
solíala llamar «Mi nebulosa.»

Y era, en efecto, la expresión viviente
de un ser con alma y cuerpo indefinidos.
La voz, el porte, el gesto indiferente,
los ojos,—dos ojazos celestiales
siempre en su azul perdidos,—
mostraban claramente
que en la mate blancura de su frente
faltaban muchos besos maternos...
los únicos cariños
que oxigenan el alma de los niños:
cosas que no veía el gran Losada,
que al sentar á Lucía en sus rodillas,
y notar la quietud de su mirada,
y el blanco virginal de sus mejillas,
y el abandono inerme
de aquel ser semejante á un ángel preso,
murmuraba tan sólo al darle un beso:
—«Mi nebulosa aún duerme;»
volviendo á su científico cuidado
feliz y en que dormía confiado,
cual si viera en aquella somnolencia
las potentes murallas de la China
alzarse en derredor de la inocencia...

ese imperio celeste que termina
en las costas del mar de la conciencia.

VI

Que así fuera el doctor, no es maravilla.
Ocurrió cierta vez,—y si es conseja,
no importa, va de cuento,—que una vieja
llegó á vieja con alma tan sencilla,
que uniendo en una imagen y una idea
el loro que tenía y la paloma
del altar de la iglesia de su aldea,
iguales sin faltar punto ni coma,
se encontró en ocasiones
rezando sus nocturnas oraciones
puesta ante el loro con tal fe de hinojos,
cual si viera á Dios mismo ante sus ojos.

Y al notar, según cuenta la conseja,
que se iba á morir, la buena vieja
dirigió una tiernísima mirada
al ave azul y verde embalsamada,
y ante ella hincando el corazón de hinojos,
con la más santa calma
á Dios entregó el alma,

dando besos al loro con los ojos.

Pues así, de esa suerte, mansamente,
se vió envuelto el doctor en la corriente
que juntaron la ciencia y sus pesares,
formándose en su mente
una blanda y letal filosofía,
que la propia ilusión embellecía
con la luz de celestes luminaires.

Como Venus, la Tierra, Marte, Urano,
giran en torno al sol, y el más lejano
siente menos la ley ó sufre poco
la atracción poderosa de aquel foco,
así,—pensó el doctor,—vista por dentro,
la vida es un sistema
que gira en torno del dolor, su centro.
Alejar el dolor: ¡no hay más problema!
Y solía añadir con fatigados
acentos quejumbrosos:

«—Los vecinos del sol ¡qué desdichados!
los vecinos de Sirio ¡qué dichosos!»

Cuando más realista se creía,
llegaba hasta exclamar: — «¡Pobre hija mía!
Hay que envolverle el alma de manera,
que no la hiera ni la enturbie nada:
que no llegue siquiera
á sentir la atracción de las pasiones,

y guardarla, —añadía el buen Losada, —
como un frágil juguete, entre algodones.

Después, cuando despierte del letargo,
mejor cuanto más largo,
que hoy guarda su reposo
en las nieblas de un sueño venturoso,
yo te daré, bien mío,
contra el ataque rudo
del dolor, esta ciencia en que confío,
este amor sin sentidos que es mi escudo! »

Y al brotar de sus labios con vehemencia
el credo en los milagros de una ciencia
que le hacía esperar cosas tan grandes,
quedaba muy erguido, sonriente,
mirando al cielo azul, como un valiente
que acaba de poner su pica en Flandes.

VII

Al bajar el doctor de su atalaya
se sentía tan fuera de su centro,
como el marino que al tocar la playa
se va tambaleando tierra adentro.

Ni siquiera advertía

que iba ya siendo una mujer Lucía,
muy distante de aquella nebulosa
en cuyo seno todo afán dormía,
como él beatamente aún la creía,
sin notar que el capullo de su esposa
ya era más que capullo flor abierta,
y á más de flor abierta, muy hermosa,
y á más de muy hermosa, muy despierta;
pues aun viviendo en la tediosa calma
que de todos los sabios es señora,
la juventud, despertador del alma,
cuando llega su hora, da la hora:
hora hermosa, inefable, fugitiva,
que en un segundo de pasión aviva
los gérmenes de todas las pasiones;
hora encantada y bella
que deja en el oído eterna huella
de amantes vibraciones,
y que Lucía oyó, con infinito
placer, sonora y repicando gordo,
en tanto que su padre, el muy bendito,
con los aires de arriba estaba sordo,
y á más de sordo, ciego,
y á más de sordo y ciego tan lejano
de los caminos de este mundo lego,
como aquel sabio, del doctor hermano,

que embebecido en su celeste gozo,
mirando arriba se cayó en un pozo.

VIII

El pozo en que también cayó Losada,
no era pozo en verdad de cal y canto;
ni se ahogó, ni al caer se rompió nada;
tan sólo se hizo añicos el encanto
que inflamaba sus éxtasis de santo.

Cuando lleno de fe se imaginaba
que era la ciencia el verdadero cielo,
y más la codiciaba
cuanto más lo alejaba de este suelo,
cárcel un día de mentidas glorias
que olvidó como inútiles memorias;
en el instante mismo
en que pensó ; inocente!
haber llenado el doloroso abismo
con montañas de arrugas de su frente,
saliendo victorioso de la prueba
de enterrar la fe vieja en la fe nueva ;
entonces, digo, cuando más seguro
se hallaba con su ciencia redentora,

la realidad traidora
le puso el pensamiento en grave apuro,
mostrándole á Lucía
que leía una carta y la besaba
con tan grandes excesos,
que costaba saber si es que leía
ó si la carta se comía á besos.

—¿Qué lees?—sorprendido ante aquel modo
de amoroso leer, dijo Losada;
y aunque era aquel papel, para ella, todo,
contestó de repente:—Papá, nada.

—¿Nada, niña, y lo escondes?
Algo es eso...—No... no.—Pues no lo escondas,
dime qué es... ¿no respondes?
pues vaya, dámelo sin que respondas.—
Y pálida y callada, dió Lucía
una carta al doctor, que así decía:

IX

«Lo que siento por tí, tesoro mío,
no has de hallarlo en los trazos de mi pluma;
al quebrarse en espumas canta el río,
pero al cabo su voz no es más que espuma.

Y es tan dulce, tan hondo y tan inmenso
el caudal de ternuras que me llena,
que asombrado de amor, á veces pienso
que este mundo tan malo es cosa buena.

Como todos luché y caí cual todos;
la fe se me perdió... ¡fué grande herida!
y hallé duda y dolor, por varios modos,
empedrando el camino de mi vida.

¡Tú sola! sólo tú, ser bendecido,
fuiste colmo viviente de mi anhelo;
tus ojos levantaron al caído,
que al creer en tu amor creyó en el cielo!

Te debo la existencia, el ser, el alma...
¡te debo la conciencia de mi gloria!
Cuando me dé la eternidad su calma,
prometo alzar un mundo á tu memoria.

Un mundo, como tú, todo poesía,
digno escabel de tus divinas plantas:
copiaré tu mirada, y será el día,
las aves cantarán como tú cantas,

Y no habrá ser allí, grande ó pequeño,
que no sienta, por ley de su existencia,
el afán de llegar, como yo sueño,
á fundirse en un beso con tu esencia!

Perdóname, Lucía, esta quimera,
con destellos de amor entretejida;

sólo tengo mi vida, y yo quisiera
dar en pago á tu amor más que mi vida.

Y al decirte ahora ¡adiós! embebecido,
con alma y labios, dulce bien, te llamo.
¡Haz que vuelva á sentir junto á mi oído
la divina canción de aquel ¡te amo!»

X

El golpe fué tan rudo
y la sorpresa del doctor fué tanta,
que en largo espacio de estupor no pudo
soltar la voz y desatar el nudo
que apretó aquel papel en su garganta.

Mas cuando ya la lengua
sintió libre del choque viólento,
entonces vió, del pensamiento en mengua,
que también se le ataba el pensamiento.
¿Qué era, santo Dios, lo que pensaba?
¿Por qué, con quién ó contra quién luchaba?...
y al verse en el laberinto tan obscuro
y en lo que iba á decir siempre pensando,
arrimado al silencio, como á un muro,
tomó el partido de seguir callando.

À su vez, la muchacha, que leía
tras de aquella expresión, claros enojos,
empezó por sentir que alguien cubría
de sombras y de lágrimas sus ojos;
mas no tardó Lucía
en pensar que era injusta tanta pena.
—«Cómo puede ser mala,—se decía,—
una carta de amor tan dulce y buena...»
Y juzgando invencible este argumento—
digno de sustentar cualquier palacio,
de esos que en un momento
fabrica un soñador con luz y viento
en los grandes solares del espacio,—
se creyó más segura que una roca,
huyeron de sus ojos los agravios,
y en la roja penumbra de sus labios
brillaron los tesoros de su boca.

XI

Así, gentil Lucía, diste prueba
de ser mujer cabal, digna hija de Eva;
de aquella en quien Dios quiso
copiar en breve espacio un paraíso,

dejando eternamente condensada
la luz del paraíso en su mirada ;
y así, porque Dios quiso que así fuera,
siempre que Eva y Adán, á un tiempo mismo,
se lanzan á salvar cualquier abismo,
como ella en ver el mal fué la primera,
le lleva al pobre Adán la delantera ;
cual le llevó á Losada ,
con rápida visión, sin saber nada
de tanta ciencia como al padre abruma,
aquella niña que sabía , en suma,
lo que sabe una niña enamorada ;
lo que saben y enseñan las mujeres
desde Eva hasta hoy, todos los días,
pues creo que hay, entre esos lindos seres,
de cada cien mujeres, cien Lucías.

XII

Por fin, cansado de mascar Losada
cosas muy elocuentes,
que tronaban en su alma atribulada
sin que el eco pasara de los dientes,
dejó escapar la angustia de su pecho

diciendo, tras de un ¡ay! —«¡Niña, qué has hecho!
Esa ilusión que á ser tu cielo aspira,
es una venda que el prudente arranca!
Yo la adoré, y esta cabeza... mira:
la química feroz de esa mentira,
en una noche me la puso blanca.
¡Aparta, niña mía...! Sí, ya escucho
lo que vas á decirme; que exagero...
—No lo sé.—Pues ¿qué sabes?...—Que le quiero.
—¡Ilusión!—No, papá... ¡le quiero mucho!
—Más te quiero yo á tí.. por eso lucho,
por tu dicha.—Sin él, no se me alcanza.
—¡Defiendo tu razón!—¡Yo mi esperanza!»

Y después de agotar, ambos muy tiesos,
entre un turbión de lágrimas y besos
el arsenal que cada cual tenía,
se quedó cada cual con su porfía.

XIII

La noche del doctor fué tormentosa.
Luchó con alma airada y mal despierta,
por volver á cerrar la triste fosa
de la adorada muerta,

de nuevo ante él de par en par abierta.

Buscó como un demente
el vigor de su fe, llamando á aquellas
imágenes de paz que eran tan bellas,
cuando las vió en su mente
á la luz de la ciencia y las estrellas...

Y al amor que apresó en traidora malla
la noble inspiración de su denuedo,
le llamó como un loco — ¡dios canalla!
y al par que le injurió, le tuvo miedo.

Luego con nuevo brío
volviendo el pensamiento á sus ideas
y á la tierra mirando con desvío,
«¡Urania! — murmuró, — bendita seas!»

Mas esa bendición le dejó frío,
pues vió confusamente
que si el amor, cuando no hiere, miente,
engaña de igual modo
la ciencia que promete darlo todo.
«¡Y qué ha de dar! en ocasión tan grave, —
rugió el doctor, — si en su poder no cabe!

La ciencia, al fin y al cabo, se compone
de un poco que se sabe,
y un mucho que se sueña ó se supone.
Donde la voz de la experiencia calla,
la hipótesis gallarda se echa á fuera

llevando á la batalla
furgones de teorías por metralla,
y el horror al vacío por bandera...
¡Santo horror! que al espacio de igual modo
que al hombre grita—¡hay que llenarlo todo!
con éter la infinita lontananza,
con sistemas de mundos las alturas,
los mundos con enjambres de criaturas,
y el hombre con semillas de esperanza!...
Mas como nunca el gran tonel se llena
ni aparta su ancha boca de delante,
¡así va el alma!... ¡la Danaide en pena!
¡la eterna mendicante!
recogiendo á través de las edades,
palmas á veces, otras veces iras,
y aquí toma un bocado de verdades,
y allá cena y se acuesta con mentiras! »
Y al sentir la amargura
de aquella confesión, la calentura
tendió á Losada en el ardiente lecho,
donde agitaba con terror los brazos
soñando que un planeta, hecho pedazos,
se le estaba cayendo sobre el pecho.

XIV

Cuando al siguiente día,
recobrando el doctor su sangre fría,
volvió á tener de sí conciencia clara,
lo primero que vió, junto á su cara,
fué la cara llorosa de Lucía.

Sus ojos, bajo el cerco amoratado
que el insomnio febril dejó pintado,
quisieron sonreír... y ella, indecisa,
no supo descifrar aquel misterio,
de si era alegre ó triste una sonrisa
parecida á una flor de cementerio.

Luego, tras breve pausa,
cruzaron frases sueltas, charla lenta,
como temiendo despertar la causa
que trajo la tormenta;
y así pasó aquel día, y otro día,
y otros muchos después, sin que Lucía
oyese de los labios de Losada,
contra su amor, ni una palabra, nada.

«A qué hablar de estas cosas,—se decía
el doctor razonando su mutismo,—
si no sabe... si no me entendería...

caso de que me entienda yo á mí mismo.
¿Que ama mucho? Pues bien; después de todo,
si en su sueño es feliz, sueñe á su modo
que en los trigos de amor todo es centeno!...
Ya llegará á ver claro,
si el soñar de la vida es lo más bueno,
que el soñar de la vida es lo más caro!»



Índice

PRÓLOGO.	7
Ilusiones y mariposas.	17
La noche de Juan Soldado.	31
La experiencia.. . . .	37
La araña.	43
Vapores.	49
¡Cómo ha de ser!	57
La noche de Reyes.. . . .	65
Marinas lequeitianas.	73
Rayo de luna.	81
Paseo en bote.	93
Diseño.	101
La hoguera.	103
La « correo »	109
Ausencia.	115
Á orillas del Perdigón.	119
¡Hoy sale, hoy!	129
El tormento de Nochebuena.	131

Miel que mata..	135
El héroe anónimo..	137
Adiós, primavera.	145
No llores.	147
El molino de la huerta.	151
Cuento de cuentos.	155
La Verdad y los Poetas..	163
Encantos y desencantos..	167



ESTE LIBRO SE
ACABÓ DE IMPRIMIR EN BARCELONA
EN EL ESTABLECIMIENTO TIPO-LITOGRAFICO
DE ESPASA Y COMPAÑÍA,
EL 5 DE JUNIO
DE 1897

